LANCES DE HONOR

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

DON JOAQUÍN ESTÉBANEZ

Estrenado en el TEATRO DEL CIRCO el 1.º de Septiembre de 1863

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1909

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisi[illegible] [illegible]presentantes de la *Sociedad de Autores Esp*[illegible] encargados exclusivamente de conced[illegible] [illegible]rmiso de representación y del cobro [illegible] propiedad.

Droits d[illegible] [illegible]e traduction et de reproduction réser[illegible] [illegible]s pays, y compris la Suède, la Norv[illegible] [illegible]ollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

de B[illegible]
visitan[illegible]
cuatro Ca[illegible]
el Estrecho [illegible]
música fuí a
Duque de [illegible]
precio[illegible]

DE
GERARDO GARATE DEL RIO

ACTO PRIMERO

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Villena. Un velador con recado de escribir, á la izquierda. Puerta en el foro y otras laterales.

ESCENA PRIMERA

MIGUEL

Sentado en una butaca cerca del velador, leyendo un periódico

Pues, señor, está visto que la lectura de periódicos, á mí no me divierte. (Soltando el periódico que tenía en la mano.) No sé cómo pueden tener razón los ministeriales que siempre alaban, ni los de oposición que siempre vituperan, ni cómo han de merecer crédito los que hoy aplauden lo mismo que desaprobaban ayer. Será que yo no lo entiendo. Las tres. (Levantándose y mirando el reloj.) Media hora llevo esperando. ¿Se le habrá olvidado quizá que ayer quedé en venir á verle? ¡Es tan atolondrado ese chico!

ESCENA II

MIGUEL y PAULINO

PAULI. Perdona, Miguelillo, perdona. (Entrando por la puerta del foro y dejando en una silla el sombrero.) Siento en el alma haberte hecho esperar.

714046

MIG. Bah, entre amigos...

PAUL. Verás. Ayer tarde se reunieron aquí los individuos más importantes de la fracción de la Cámara, que reconoce por jefe á papá. Celebraron larga conferencia, y en ella resolvieron dar hoy al Gabinete una batalla decisiva, al discutirse el acta de esa escandalosa elección, que tan agitados trae los ánimos estos días. Papá se encargó de pronunciar el discurso, y yo no he querido dejar de oirle.

MIG Nada más natural.

PAUL. Bien puedes agradecer que me haya venido antes de ver el resultado de la discusión.

MIG. Sí, porque una vez excitado el interés...

PAUL. ¡No sabes tú cómo se había puesto aquello! ¡Papá ha estado sublime! Nunca se oyó en el Congreso de los Diputados discurso más elocuente ni más terrible para un gobierno. ¡Qué animada pintura de las instituciones liberales: qué vigorosos anatemas contra la conducta reaccionaria de los ministros!

MIG ¿Quieres explicarme por qué las oposiciones llaman siempre reaccionario á todo el que manda?

PAUL. Toma, porque todo el que manda es tirano á los ojos de todos los que quisieran mandar. Regla general: en el poder se invoca siempre el orden: en la oposición se invoca siempre la libertad. Por eso verás que cuando uno quiere ser ministro, dice que si lo fuera haría tal y tal cosa, y que luego cuando lo es hace lo que le da la gana. Pues como te iba diciendo: papá se ha cubierto de gloria. ¡Hermoso espectáculo el que oyéndole ofrecía la Cámara! Vivas altercaciones entre los diputados de la mayoría, gritos de entusiasmo en los bancos de la oposición: aplausos ruidosos en las tribunas: el Gabinete, pálido y trémulo de miedo y de rabia: el presidente dale que le darás á la campanilla, sin poder dominar aquel pavoroso tumulto, aquel desorden admirable. Yo, no bien hubo acabado papá, eché á correr para

no hacerte esperar más tiempo, y no sé cual será el resultado de la votación; pero desde luego aseguro que el gobierno ha quedado herido de muerte, y que si hoy mismo no sucumbe, estará en el suelo antes de quince días.

MIG. Y ¿qué bienes nos vienen con esa gracia?

PAUL. ¿Te parece bien pequeño la caída de un Gabinete que ha hollado todas las libertades públicas, y que lleva ya en el poder un año, tres meses, doce días y algunas horas, por lo que es cuenta?

MIG. Ahí está el quid. Más fácilmente se le perdona á un Ministerio una mala vida que una vida larga.

PAUL. Justo y cabal. Los Ministerios deberían tener duración fija de un par de meses á lo más, á fin de que pudieran ir turnando en el poder todos los españoles ilustrados. Lo que es yo, en llevando un Gabinete seis meses de vida, ya no puedo parar. Y á todo el mundo le sucede lo mismo.

MIG. A mí no, porque me figuro que los gobiernos que duran poco, ni aun pueden llegar á ser gobiernos.

PAUL. Tú eres un papanatas que nada ambiciona. ¡Tonto! á río revuelto ganancia de pescadores. Cuando caiga esta gente entrarán los nuestros á mandar. Papá ha desempeñado ya los más altos puestos de la Administración, tiene cuartos, es caballero gran cruz, dispone de un diario político, goza fama de diputado hablador, capitanea una importante fracción de la Cámara: justo es que forme ahora parte de un Gabinete. Le han ofrecido la cartera de Gobernación. Figúrate qué mal me vendrá á mí. Inmediatamente disolveremos estas Cortes y haremos elecciones generales con mucha legalidad... es decir... muy á nuestro gusto; y claro está, yo seré diputado por tres ó cuatro distritos. ¿Quieres tú ser también diputado de la nación?

MIG ¡Yo! Dios me libre de ser diputado... tuyo.

De la nación lo es verdaderamente mi padre por la decidida y tenaz voluntad de los electores, y tanto madre como yo, estamos deseando que se acabe esta legislatura para que deje de serlo.

PAUL. Pierde cuidado: ningún hombre como don Fabián García tomará asiento en el nuevo Congreso. Chico, te advierto que tu papá está haciendo el oso.

MIG. Ya sabes que no gusto de oir nada que pueda ser ofensivo á mi señor padre.

PAUL. No te acongojes por tan poco, muchacho. Discutiremos y...

MIG. ¿Discutir yo la conducta de mi padre? ¡No faltaba más!

PAUL. Y ¿por qué no? Todo se puede discutir.

MIG A otra cosa, Paulino, á otra cosa.

PAUL. Pues si precisamente para que hablásemos de este particular, te dije ayer que vinieras á verme. Créelo: mi señor don Fabián está en ridículo, y tú, si no te modernizas un poco, no podrás hacer carrera en el mundo. Es necesario que en él y en ti desaparezcan esas costumbres de antaño que habéis traído de la ciudad de doña Urraca.

MIG. Acabarás por hacerme reir. ¿Qué tacha puede ponérsele á mi buen padre, que es casi un santo?

PAUL. Bien parecen los santos en el almanaque, pero muy mal en unas Cortes del siglo diecinueve. Todo el mundo se rió el otro día del buen señor.

MIG. ¿Por qué?

PAUL. Porque empezó su discurso invocando el auxilio de Dios.

MIG. Y ¿qué tiene de risible que un hombre implore el auxilio de Dios, cuando va á influir con su conducta en la suerte de todo un pueblo?

PAUL. Anda, simplón. Tu reloj atrasa por lo menos un siglo.

MIG. Pues á mí me parece que el tuyo señala una hora funesta.

ESCENA III

DICHOS y DON DÁMASO

Entra muy de prisa y con semblante demudado por la puerta del foro

D. DÁM ¿No ha vuelto aún su padre de usted?

PAUL. ¿Cómo, si todavía no son las tres y cuarto?

D. DÁM La sesión ha terminado ya.

PAUL. ¡Tan pronto! Pues ¿qué ocurre?

MIG. ¿Qué le sucede á usted?

D. DÁM ¿Estás aquí tú? Me alegro. ¡Qué desgracia, Miguel!

MIG. ¡Una desgracia!

PAUL. Explíquese usted.

D. DÁM Permítanme ustedes antes tomar aliento. (Sentándose. Miguel y Paulino se acercan á él.) En aquella tribuna hacía un calor insoportable y estaba uno como en prensa. Y ¡qué ansiedad... qué agitación... que emociones tan vivas! ¿Quiere usted ver si tengo fiebre? (Alargando una mano á Paulino.)

PAUL. ¡Me gusta!

D. DÁM ¿No estudia usted medicina?

PAUL. Dicen que sí, pero yo no me atrevería á jurarlo. Ea, no sea usted posma, y cuéntenos que hay. ¿Ha perdido la votación el Ministerio?

D. DÁM Ya escuchó usted el discurso de su pacre.

PAUL. Un discurso admirable, ¿eh?

D. DÁM. Sí: una bomba cargada de metralla. En él dijo horrores, no sólo del Gobierno, sino de tu tío Diego también. (A Miguel.)

PAUL. ¡Cómo! Diego Medina, el gobernador que ha hecho esa elección, ¿es tío tuyo?

D. DÁM Tío carnal por parte de madre.

PAUL. No lo sabía.

MIG. Y ¿qué ha dicho de mi tío el señor Villena?

D. DÁM. ¡Jesús! Le ha puesto como chupa de dómine, llamándole inepto y arbitrario; dando á entender que se ha dejado sobornar por el candidato elegido, que es un banquero muy famoso.

MIG. Y sin pruebas ¿cómo se lanzan contra nadie acusaciones de esa índole?

PAUL. Pruebas... Pruebas... No parece sino que todo el mundo no está ya harto de saber lo que valen semejantes acusaciones. Cada lunes y cada martes se llaman perros judíos los hombres más serios en política, y luego, como si tal cosa hubiera pasado. Si papá sube al poder, verás como hace á tu tío gobernador de una provincia de primera clase.

D. DÁM. Cuando Villena (Dirigiéndose á Miguel.) acabó su discurso, tirios y troyanos aplaudían con frenesí, y todos daban por segura la derrota del Gobierno; pero he aquí á tu padre que se levanta, y grita con indignación: «Pido la palabra para defender á un ausente.»

PAUL. ¡Oiga!

MIG. ¡Bien hecho!

D. DÁM. Como por sus opiniones es mirado con prevención, las risas y los murmullos ahogaron su voz en un principio. Al poco rato, había logrado subyugar todos los corazones. Que era un excelente jurisconsulto, ya lo sabíamos todos, pero ¿cómo creer, á no verlo, que fuese también un gran orador?

MIG. Para defender á un inocente, nunca falta elocuencia á un hombre de bien.

D. DÁM. Te aseguro que comparados hoy con él Cicerón y Demóstenes, se quedan tamañitos. Pero es el caso. que para defender á Diego, ha tenido que combatir á Villena, dirigiéndole gravísimos cargos con fuerza de lógica irresistible, acusándole á voz en grito de mentiroso y calumniador.

PAUL. ¿De veras?

D. DÁM. Su padre de usted (Dirigiéndose á Paulino.) cegó y no vió; y con general asombro y disgusto, dijo de don Fabián improperios tales, como acaso nunca se habrán oído en aquel lugar. Todo fué entonces en la Cámara espantosa gritería, y dar manotadas al aire y querer andar á la greña. Pudo al fin el Presidente hacer que se procediese á votar, y luego, sin mirar en barras, levantó la sesión.

PAUL. Pero ¿quién ha ganado?

D. DÁM. El Gobierno (Levantándose.) por ciento cincuenta y dos votos contra cuarenta y uno: como que no sólo ha votado con él toda la mayoría, sino también parte de la oposición.

PAUL. ¡Qué infamia!

D. DÁM Yo, al ver salir del salón á Villena, hecho un energúmeno, temiendo que se encontrase con el otro, salí también corriendo de la tribuna. Por más que he mirado y remirado en salas y pasillos á ninguno de los dos he podido echar la vista encima.

PAUL. Miguel, mucho me temo que tu padre va á tener que reñir con el mío.

MIG. Dios no lo quiera.

D. DÁM A eso vengo: á procurar que este negocio se arregle de la mejor manera posible. García es el más ofendido. A él le toca, por consiguiente, desafiar á su padre de usted. Si no lo hace...

PAUL. Entonces, mi padre le desafiará á él.

MIG. Parece que te gozas en augurar males.

D. DÁM. Entre todos le impediremos tomar tan descabellada resolución.

PAUL. Ya ve usted si yo sentiré... Pero cuando una cosa no tiene remedio...

MIG. Otras de mayor entidad se han remediado con la ayuda de Dios.

PAUL. No empieces á diosear, y convéncete de que ni tu padre, por impecable que sea, ni el mío, que es todo un caballero, querrán dejar impune el agravio que mutuamente se han inferido. Un agravio que llegará á noticia de toda España, de toda Europa!..

MIG. ¡Paulino! (En tono de reconvención.)

D. DÁM. (El niño es tan fiera como el papá.)

PAUL. De otro modo ninguno de los dos quedaría bien.

D. DÁM. Y ¡vaya si queda uno bien, con la cabeza rota ó una pierna de menos!

PAUL. Muy prudente se va usted volviendo, don Dámaso.

D. DÁM. Y con eso, ¿qué quiere usted darme á entender?

PAUL. Nada; que es usted muy prudente.

D. DÁM Niño, niño... Cuidadito con subírseme á las barbas. Yo tengo hechas mis pruebas.

PAUL. Ya lo sé, y por lo mismo no hallo explicación satisfactoria á la conducta que se propone usted observar en tan grave negocio. De éste, nada me sorprende. Es lego en materia de honor, y creo que en vez de sangre, circula por sus venas horchata de chufas.

MIG. Di cuanto quieras. Tu ceguedad y tu petulancia me dan compasión.

PAUL. Hola, que ya hace pinitos el nene. Riámosle la gracia.

MIG. No es hora de reir para un hijo, la hora que puede ser funesta para su padre.

ESCENA IV

DICHOS, DON LORENZO y AGUILAR

Entran hablando acaloradamente por la puerta del foro

D. LOR. Desde que soy representante de la nación no me he llevado un chasco igual.

AGUIL Ni yo, desde que empecé á escribir de política.

D. LOR. Y es indudable que el Gobierno estará más envalentonado que nunca. Señores. (Saludando á los demás.)

D. DÁM. ¿Vienen ustedes del Congreso?

AGUIL. Sí, señor.

PAUL. ¿Y mi papá?

D. LOR Allí quedaba todavía. Verá usted cómo al fin disuelven las Cortes. (A Aguilar.)

AGUIL. Me consta que el Ministro de la Gobernación, en un arranque de entusiasmo, ha ofrecido matar mi periódico antes de veinte días. ¡Qué iniquidad! ¡Hollar los santos derechos del cuarto poder del estado! ¡Oponerse á la libre emisión del pensamiento! No importa: antes morir que renunciar á mi autonomía.

D. DÁM. (Y el muy botarate no tiene más autonomía que la *autonosuya* de Villena.)

D. LOR. ¿Creerán ustedes que el Gabinete ha llevado su audacia, hasta el extremo de ofrecerme una dirección general porque votase el acta?

D. DÁM. (Villena le había ofrecido una embajada porque no la votase.)

D. LOR. ¡Destinitos á mí!

AGUIL. El tal García tiene la culpa de todo lo que sucede.

D. LOR. En sacando las uñas uno de esos beatos... ¡ya, ya!

AGUIL. ¡Buena paliza le pienso dar en el periódico!

D. LOR. Pues yo, en mi discurso de mañana, le he de sacar á la vergüenza.

AGUIL. Quizá tengamos que contentarnos con cantarle un responso. Villena es muy capaz de enviarle mañana á tomar chocolate en el otro mundo, cosa que, á un bendito como él no podrá menos de agradarle.

D. LOR. Recelo que no sea hombre de armas tomar.

AGUIL. Un cobarde será de fijo, pero al reptil que huye después de haber hincado el diente...

MIG. Señores, la persona de quien están ustedes hablando es mi padre. (Muy conmovido.)

AGUIL. ¡Ah!

D. LOR. No sabíamos...

MIG. Mi padre, á quien ustedes seguramente no conocen bien. Los que bien le conozcan, por fuerza le han de tener respeto, si por ventura no son incapaces de rendir culto á la virtud. (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA V

DON DAMASO, PAULINO, DON LORENZO y AGUILAR

AGUIL. Hay que disculparle. Demasiado prudente ha sido.

D. LOR. Con todo, ese tonito, esa reticencia, esa manera de mirarnos...

AGUIL. Es verdad: nos ha mirado de cierta manera.

D. LOR. Pues yo no puedo consentir que se me mire de cierta manera.

AGUIL. Ni yo tampoco; y si á usted le parece que

estamos en el caso de exigir una satisfacción á ese caballerito...

D. LOR. Sí, señor: vamos á exigírsela.

PAUL. Perderán ustedes el tiempo: Miguel es tan cobarde como su padre.

D. DÁM. Están ustedes (Colocándose entre Aguilar y don Lorenzo.) en un error: el señor García no tiene nada de cobarde. Pero ello es que tal vez repugne el batirse, porque su modo de pensar, sus principios religiosos. .

AGUIL. Pura farsa, don Dámaso. Los devotos del siglo diez y nueve son todos hipócritas.

D. DÁM. ¿Por qué no ha de haber en este siglo devoción verdadera?

AGUIL. Porque ya, con el vuelo que han tomado los conocimientos filosóficos, únicamente las mujeres y los patanes pueden creer de buena fe ciertas cosas.

D. DÁM. (¡Qué bárbaro!)

D. LOR. Desengáñese usted: todo es posible en este país donde quedan aún tantos resabios de la educación frailuna que ha recibido.

AGUIL. Ciertamente que todavía hay mucho atraso en esta pobre España.

PAUL. Vergüenza da ser español.

D. DÁM. Sí, con efecto... el progreso... la civilización... (¡Dios me perdone!) Pero vamos á ver: si García no reta al señor Villena, yo creo que el negocio queda terminado.

D. LOR. Oh, no señor; de ninguna manera.

AGUIL. Eso quisiera él.

PAUL. ¿Lo está usted viendo?

AGUIL. Hay que cortarle la lengua para que no hable más en su vida. El tiene la culpa de que el Gobierno haya ganado la votación.

D. LOR. Villena sería indigno de alternar con gente bien nacida, si no procurase reparar la afrenta que se le ha hecho.

PAUL. ¡Oh! no hay cuidado: mi papá se porta siempre como quien es.

D. DÁM. (Y el diablo se lo agradece mucho.)

D. LOR. Sin duda con la intención de que le apadrinemos en el desafío, nos ha rogado que vengamos á esperarle aquí.

D. DÁM. Pues yo insisto en que debería darse por satisfecho, si García, que es el más ofendido, no le provoca.

AGUIL. No es García el más ofendido, sino Villena.

D. LOR. Seguramente.

D. DÁM. ¿Están ustedes locos?

AGUIL. No, señor; las ofensas tienen mayor ó menor gravedad, según vale más ó menos la persona que las recibe.

D. DÁM. Eso no deja de ser una tontería.

AGUIL. ¿Cómo tontería?

D. LOR. ¿Qué ha dicho usted?

D. DÁM. Digo, que en este asunto no saben ustedes lo que se pescan.

AGUIL. Señor mío, yo no tolero que nadie me dé (Con tono agresivo y muy altanero.) lecciones en materia de honor.

D. LOR. Caballero: yo no sufro impertinencias de esa índole.

D. DÁM. Estábamos hablando (Turbado.) con la confianza de amigos... No creo haber dado motivo para que ustedes se incomoden.

AGUIL. (Tiene miedo.)

D. LOR. (Se turba.)

AGUIL. Pues sepa usted que nos hemos incomodado

D. LOR. ¡Y muy de veras!

AGUIL. ¡Y si usted lo lleva á mal!...

D. LOR. ¡Justo: si usted lo lleva á mal!...

PAUL. Señores... señores...

D. DÁM. (¡Tonto de mí!) ¡Pues sí, señores: (Con afectada energía y aire amenazador.) lo llevo á mal, muy á mal! Cuando un hombre tiene hechas sus pruebas, puede ser prudente sin temor de que se le tache de cobarde. Y yo tengo hechas mis pruebas, señor don Lorenzo. (Dirigiéndose á él.) Yo tengo hechas mis pruebas, señor Aguilar. (Volviéndose hacia Aguilar.) ¡Pero ya que ustedes se empeñan en sacarme de mis casillas!...

PAUL. Don Dámaso... (Procurando apaciguarle.)

D. DÁM. Estoy á las órdenes de ustedes. Veremos quién lleva el gato al agua.

AGUIL. (¡Malo: esto se enreda!)

D. LOR. (¡Caramba con el hombre!)

AGUIL. ¿Saben ustedes lo que digo?

D. LOR. ¿Qué?

AGUIL. Que los tres tenemos un geniecito de mil demonios.

D. LOR. Por una bicoca ya empezábamos á perder los estribos.

PAUL. Con efecto, no veo razón para que ustedes...

D. DÁM. ¡Venirme á mí con fieros, á mí que soy una pólvora, á mí que en seguidita me subo á la parra!...

AGUIL. (¡Vaya un nene!)

D. LOR. Ea, señor don Dámaso, esto se acabó.

AGUIL. Ahí va mi mano.

D. LOR. Y la mía. (Alargando ambos las manos á don Dámaso.)

D. DAM. A generoso nadie me gana. ¡Señor don Lorenzo! ¡Señor Aguilar! (Estrechando primero la mano del uno y luego la del otro.)

AGUIL. ¡Con cuánta facilidad se arreglan estas cosas entre hombres como nosotros! (Si no recojo velas...)

D. LOR. ¿Quién lo duda? ¡Entre hombres como nosotros!... (Si no ando listo...)

D. DAM. Pues claro; ¡entre hombres!... (Si no les hablo gordo, me luzco.)

PAUL. Ya tenemos aquí á papá. (Mirando hacia la puerta del foro.)

ESCENA VI

DICHOS y VILLENA

VILL. Dispénsenme ustedes la tardanza.

D. LOR. Sabe usted que estamos á sus órdenes.

PAUL. (¡Qué pálido viene!)

VILL. He hablado con el señor García.

AGUIL. ¿Dónde?

VILL. En la puerta de esta casa. Vive en el cuarto segundo.

D. LOR. ¿Y qué?

VILL. Ese hombre no tiene asomo de pundonor.

PAUL. Como todos los de su calaña.

VILL. Le he dicho que me venía á casa, con el

objeto de esperar en ella á sus padrinos, y me ha contestado que los esperaría inútilmente, porque no pensaba enviármelos.

PAUL. Y al oir eso, ¿qué has hecho tú?

VILL. Insultarle cuanto es posible insultar á un hombre. Por un momento pareció que se irritaba, y que á su vez iba á denostarme; pero de pronto, bajó la cabeza, y sin pronunciar una sola palabra, empezó á subir pausadamente la escalera.

PAUL. Habérsela hecho rodar.

VILL. ¿Quieren ustedes dispensarme el favor de encargarse de arreglar este asunto?

AGUIL. Con mil amores.

D. LOR. Para estas ocasiones son los amigos.

VILL. Ustedes han presenciado el agravio: nada les tengo que decir.

AGUIL. Nada absolutamente.

VILL. Entonces ruego á ustedes que vayan á desafiarle en seguida.

AGUIL. Cerca le tenemos. (Yendo al foro y tomando el sombrero, que habrá dejado encima de una silla.)

D. LOR. Vamos allá. (Tomando su sombrero de encima del velador.)

VILL. Desearía que el duelo se verificase mañana mismo.

AGUIL Pues claro está: mañana.

D. DÁM. (¡Qué prisa tiene el condenado!)

VILL. Por mi parte, sólo pongo una condición: que el duelo sea á muerte.

AGUIL. Confíe usted en nosotros.

D. LOR. El asunto quizá no pueda arreglarse de otra manera.

D. DÁM. (¡Famoso arreglo, por mi vida!)

VILL. Excuso decir que en todo lo demás, pueden ustedes obrar como lo crean más oportuno. Hasta luego, señores, hasta luego.

D. LOR. Pronto daremos la vuelta. (Retirándose.)

VILL. Cuidado que ha de ser mañana.

AGUIL. Está bien. (Deteniéndose.)

VILL. Mañana, y á muerte.

D. LOR. Cumpliremos con nuestro deber. (Vanse por la puerta del foro. Villena se sienta en una butaca, dando muestras de reconcentrado furor.)

ESCENA VII

VILLENA, DON DÁMASO y PAULINO

D. DÁM. ¿Conque ese lance se ha de llevar á cabo? (Acercándose á Villena.)

VILL. Sí. (Sin prestarle atención.)

PAUL. Increíble parece que don Fabián haya tenido la audacia de llamarte calumniador.

VILL. Creo que no estaba en su sano juicio.

D. DÁM. Por eso no debería usted dar al suceso tanta importancia.

PAUL. El loco por la pena es cuerdo.

VILL. No se canse usted, don Dámaso: yo he de escarmentar al insolente que me ha ultrajado.

D. DÁM. (¿Quién amansa á esta fiera?) Ya antes he dicho á esos señores, que tal vez García no quiera batirse. (1)

VILL. ¡No ha de querer! Pues qué, ¿no hay más que ultrajar públicamente á un hombre y luego empeñarse en esquivar las consecuencias naturales de semejante falta? ¡Y vea usted quién es el ofensor y quién el ofendido! Esta consideración me exaspera tanto como la misma injuria. Un ente ridículo y despreciable, que ni á mirarme cara á cara hubiera debido atreverse nunca. No sé cómo pude contenerme, cómo no me fuí á él, y allí mismo... ¡Vaya si se batirá!

D. DÁM. Después de la ira viene la templanza, y cuando usted se haya tranquilizado...

VILL. Mire usted, don Dámaso: no hay cosa más necia ni más inútil que dar consejo al que no le pide. Conque déjeme usted en paz.

PAUL. (Tómate esa.)

D. DÁM. Señor don Pedro, usted me insulta.

VILL. Dispénseme usted. La situación en que me hallo...

---

(1) El autor ha creído conveniente usar en esta obra la voz «batirse», y la frase «tener hechas sus pruebas».

D. DÁM. No ignora usted que tengo hechas mis pruebas.

VILL. (¡Qué pesadez!)

D. DÁM. Y si no mirara que en este momento no puede usted disponer de sí mismo...

VILL. ¿Qué? (Con ira, dando un golpe con la mano en un brazo de la butaca.)

D. DÁM. Nada: ¡el mundo sabe quién soy yo: tengo hechas mis pruebas! (Vase por el foro con aire altanero.)

ESCENA VIII

VILLENA y PAULINO

PAUL. Habrás pasado un mal rato, ¿verdad? (Encendiendo un cigarro puro y sentándose en una butaca.)

VILL. El peor de mi vida. (Levantándose.) Aun me parece estar soñando... El tal don Fabián... (Paseandose por la escena.) Fíese usted en apariencias. Nunca me vi combatido de tal suerte; nunca. Todos los diputados, los más ilustres, los más entendidos, los más díscolos y procaces, todos guardaban siempre conmigo las mayores consideraciones. Hasta la prensa periódica engalanaba sus dardos con flores, para asestarlos contra mí. Y hoy, un cualquiera... un pazguato... un miserable, objeto de burla y de ludibrio en toda la Cámara, sin ambajes, sin vacilar, con verbosidad increible, con pasmosa energía, animado de no sé qué infernal estímulo, se levanta, y me contradice, y me acusa, y me hostiga con sus argumentos, y me anonada con sus imprecaciones, y por un instante me hace bajar los ojos al suelo, mudo de espanto, ciego de ira, cárdeno el rostro de vergüenza. Y claro está: mis enemigos... mis amigos también—¡qué linda amistad la de los amigos políticos!—todos le aplauden á él con entusiasmo, y acogen luego mis palabras con risas de mofa y gritos de indignación. ¿A quién no alegra ver quitar de en

medio al que le hace sombra?... Esos cobardes callaban antes, ó murmuraban recatadamente cuando más. Ya uno ha dado la señal de acometida: ya uno ha tirado al ídolo la primera piedra. Ahora todos querrán hacerle pedazos. Y, ¿cuándo me veo tan rudamente acometido: cuándo me veo —¿á qué negarlo?—vencido, humillado, sin crédito, sin honra? Cuando precisamente acababa de alcanzar el mayor de mis triunfos: cuando ya estaba alargando la mano para coger el fruto de años enteros de lucha, de afanes y sacrificios. Sí, no hay duda: el Gobierno hubiera perdido la votación, se hubiera retirado... y yo, yo acaso mañana... ¡Oh, mañana mataré á ese hombre ó él me matará á mí!

PAUL. Sosiégate, (Levantándose y acercándose á su padre con los quevedos puestos.) y no digas sandeces. Don Fabián no habrá tomado nunca un arma en la mano. Sea cualquiera la que elijan, la ventaja estará de tu parte. Con el sable, podrás degollarle como á un borrego; ensartarle con el florete como á un pollo con el asador; con la pistola... ¡oh! con la pistola, tú que á veinticinco pasos metes la bala por el gollete de una botella, bien podrás metérsela á ese cazurro por un ojo.

VILL. Pero ¿y si se obstina en no batirse?

PAUL. Mejor. Cantará la palinodia, te dará explicaciones...

VILL. ¡Explicaciones! Si yo no quiero explicaciones: si lo que quiero es su sangre. Si no pudiera reñir con él, creo que le asesinaría.

PAUL. Eh, vamos, tranquilízate.

VILL. Por amortiguado que esté en su alma el sentimiento del honor, no podrá soportar ciertos insultos. ¡Pero así se dictará la hora de mi venganza! ¡Oh, cuánto tardan esos señoñores!... ¿Han llamado? Sí: ellos serán.

PAUL. No. (Poniéndose los quevedos y asomándose á la puerta del foro.) Es una sola persona, y el criado la detiene á la puerta.

VILL. Mira quién es. (Paulino se va por la puerta del

foro.) Me abraso de impaciencia. La gente del pueblo, en estos casos, es más racional que nosotros. No sujeta á reglas la venganza, ni espera á castigar las injurias con ira trasnochada.

PAUL. Una visita inesperada, papá. (Entrando por la puerta del foro.)

VILL. ¿Quién?

PAUL. Medina.

VILL. ¿Qué Medina?

PAUL El gobernador, Diego Medina.

VILL. ¡Cómo! ¿Está en Madrid?

PAUL. Por lo visto. Vendrá de mano armada.

VILL. Que entre.

PAUL Ahí está.

VILL. Déjanos.

PAUL Va á ser preciso emprenderla á palos con esta gentecilla. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

VILLENA y MEDINA

MED. Perdone usted, señor de Villena, que ose venir aquí en traje de camino, sin tener el honor de que usted me conozca.

VILL. (Vamos, este es moro de paz.) Sírvase usted tomar asiento.

MED. Gracias. (Sentándose. Villena se sienta á su lado.) Voy á explicar á usted en dos palabras el objeto de mi visita.

VILL. Como usted guste.

MED. Con el fin de dar al Gobierno de viva voz algunas explicaciones acerca de esa malhadada elección, que tanto escándalo promueve, he tenido que abandonar mi ínsula Barataria, y tomar el camino de la villa y corte de Madrid, adonde acabo de llegar en este momento. Hay personas, como usted sabe, que se despepitan por dar una mala noticia, y no bien me hube apeado del coche en la calle de Alcalá, tropecé con un alma caritativa, que me ha contado c por b todo lo ocurrido hoy el Congreso.

VILL. (¡Qué tono!)

MED. Pues señor, sintiendo yo, como era natural, gran deseo de conocer menudamente la misa de honras que en el templo de la representación nacional se me había cantado, dije para mi capote... ó para mi *chaquet*; es igual: ¿quién ha de poder referirme con fidelidad mayor lo que de mí se ha dicho en el consabido templo, que el mismo que lo ha dicho? Y seguro de que usted, á fuer de atento y bondadoso, no había de negarme el primer favor que le pidiera, aquí me he venido á rogarle humildísimamente que, sin reparar en lo nuevo y peregrino del caso, tenga la dignación de contestarme á breves preguntas, que pienso dirigirle.

VILL. Donosa es la ocurrencia, á fe mía.

MED. Soy muy extravagante, y mi proceder en esta ocasión no merece disculpa: lo conozco, lo confieso. Usted dirá si me permite ó no hacerle esas preguntas.

VILL. Hable usted.

MED. ¿Es verdad que me ha tachado usted de inepto?

VILL. Sí, señor.

MED. Pase. Dan algunos en tener tanto entendimiento, que para otros no queda nada. ¿Y de arbitrario?

VILL. Sí, señor.

MED. Pase también. Eso no probaría, en último extremo, sino que yo había hecho mi gusto. ¿Y de venal?

MED. Sí, señor.

MED. Esto sí que no puede ser. Más vale ser bueno que parecerlo, pero más vale aún serlo y parecerlo juntamente. Y como hoy en el mundo sólo se tiene respeto á la fuerza, por medio de la fuerza me he propuesto yo ser respetable. Así, pues, doy á usted las gracias por la suma benevolencia con que ha satisfecho mi impertinente curiosidad, y espero que se digne coronar su obra, dispensándome el honor de romperse el alma conmigo. (Levantándose.)

VILL. ¡Caballero! (Levantándose también.)

MED. Perdóneme usted. La viveza de mi genio no me consiente hacer las cosas en debida forma. Enviaré á usted mis padrinos.

VILL. Excúsese usted esa molestia.

MED. ¿Cómo?

VILL. Tengo un lance pendiente con otra persona.

MED. ¡Fatal contratiempo! ¿Hay inconveniente en que yo sepa su nombre?

VILL. Ninguno: esa persona es la que le ha defendido á usted en el Congreso.

MED. ¡Qué oigo! ¿Mi cuñado Fabián?

VILL. El mismo.

MED. Supongo que el reto no partirá de él, sino de usted.

VILL. Precisamente.

MED. Riña usted primero conmigo. Se lo ruego con toda formalidad. El señor don Fabián García peca tal vez por exceso de virtud; y en mí, sin que esto sea alabarme, tendría usted más digno adversario.

VILL. Mucho lo siento, caballero, pero un negocio urgente...

MED. Conozco haber dado lugar á que usted me despida, y no abusaré por más tiempo de su bondad. Corro á tomar nuevos informes del suceso. Mi cuñado reñirá con usted, si el honor así lo reclama. Pero luego—no hay que olvidarlo—luego me tocará á mí la vez. Me ha calumniado usted ante España entera. Quieren unos que se perdone al calumniador: otros que se les desprecie: otros que á ser humanamente posible, se le mate: así opino yo. Beso á usted la mano. (Saluda y se va por la puerta del foro.)

ESCENA X

VILLENA y PAULINO

VILL. ¡Oh, primero el uno: después el otro!

PAUL. ¿Venía á desafiarte?

VILL. Sí.

PAUL. ¿Y qué?

VILL. Le he dicho lo que ocurre.

PAUL. Entiéndete con García: yo me entenderé con el señor gobernador.

VILL. ¿Estás en tu juicio? Parecería que trataba de poner á salvo mi vida, arriesgando la tuya. Ni por casualidad se te vuelva á ocurrir semejante desatino. Desde que perdí á tu madre, eres tú el único ser á quien amo, y ya sabes que sólo te tengo prohibida una cosa. No, hijo mío; no me des nunca el sentimiento de verte herido... de verte acaso...

PAUL Vamos, vamos, no te pongas sensible, y repara que estás haciendo el diablo predicador. Bien comprendo que ahora no me toca á mí; pero, francamente, eso de que tú riñas con dos, me parece broma pesada.

VILL. Cuando haya escarmentado al uno, será fácil que el otro se venga á buenas. A mí del tal Medina, ¿qué se me importa? A don Fabián, á ese mosquita muerta, es al que quiero yo dar una estocada ó un balazo. Ni sé cómo podré esperar hasta mañana para satisfacer mi coraje. ¡De aquí á mañana, qué vida tan insoportable la mía!

PAUL Domina esa impaciencia. Los hombres, en tales casos, han de tener aplomo y serenidad.

VILL. ¿Si pensarán mis señores padrinos estarse arriba de conversación hasta el año que viene. ¿Qué apostamos á que subo yo mismo? (Dirigiéndose al foro.)

PAUL. Detente. ¡Qué locura! (Deteniéndole.)

VILL. ¡Ah, sí: ahora sí que deben ser ellos! (Mirando hacia dentro por la puerta del foro.)

ESCENA XI

DICHOS, VARIOS CABALLEROS y á poco AGUILAR y DON LORENZO

CAB. 1.º Nos hemos encontrado á la puerta con don Lorenzo y Aguilar...

CAB. 2.º Sabemos que insiste usted en batirse con García.

CAB. 1.º Es muy doloroso, pero...

CAB. 2.º Ciertamente: hay ocasiones.

CAB. 1.º A los amigos debe decírseles la verdad. Hace usted bien: muy bien. (Qué bueno que los dos se mataran.) (Restregándose las manos.)

VILL. ¡Ah, por fin! (Viendo entrar á don Lorenzo y á Aguilar.) ¿Qué tenemos? (Yendo hacia ellos.)

AGUIL. Nada entre dos platos.

VILL. ¿Cómo nada?

AGUIL. Figúrense ustedes (Bajando al proscenio con Villena y don Lorenzo.) que empezamos por encontrarnos en la escalera á la mujer de García, que estaba comprando tomates.

CAB. 1.º Costumbres primitivas.

D. LOR. ¡Es una gentuza!

PAUL. ¡Mire usted qué decoro para la esposa de un diputado!

D. LOR. En el recibimiento tienen un Ecce-Homo de talla, con un farolito encendido.

PAUL. Le conozco. Una escultnra detestable. Un mamarracho.

CAB. 2.º ¡Qué cosa de tan mal gusto!

AGUIL. Esos santurrones se han empeñado en buscarle tres pies al gato.

VILL. Pero ¿qué ha dicho García, qué ha dicho?

AGUIL. Cuando el pobre supo el objeto de nuestra visita, se puso amarillo, verde, colorado...

D. LOR. En su cara hemos visto todos los colores del arco iris.

AGUIL. Luego nos pidió por Dios y por todos los santos que hablásemos quedo, para que su mujer y su hijo no se enterasen.

D. LOR. ¿Si le darán azotes entre los dos?

VILL. Pero en fin, ¿acepta el desafío?

AGUIL. Ca, no señor: no le acepta.

VILL. ¿Conque no? ¡Villano!

PAUL. ¡Era de esperar!

CAB. 1.º ¡Qué cobardía!

AGUIL. ¡Qué indecencia!

D. LOR. En vista de su negativa, le exigimos una retractación formal, y tampoco á eso accede.

AGUIL. Jurando y perjurando que su cuñado es inocente, que usted es un calumniador, y que no puede volverse atrás de lo dicho.

VILL. Ya lo oyen ustedes, señores. Ese hombre quiere acabar con mi razón.

PAUL. Es preciso llevarle al duelo, aunque sea arrastrando.

TODOS Sí, sí.

VILL. Pero ¿qué razón da para no batirse?

PAUL. Cualquier majadería.

VILL. ¿Qué razón da? sepamos.

D. LOR. Que si él muriese en el duelo, sería viuda su mujer y huérfano su hijo.

PAUL. Pues, una razón de pie de banco.

CAB. 1.º ¡Magnífica perogrullada!

AGUIL. Pero añadió que aun tenía otro motivo más poderoso, ¡Y ahora entra lo bueno!

VILL. ¿Qué motivo?

PAUL. A ver.

CABALLEROS ¿Cuál, cual?

AGUIL. Nos dijo muy serio... No hay que tomarlo á broma. ¡Nos dijo muy serio, que el quinto es no matar! (Con énfasis cómico.)

TODOS (Menos Villena.) ¡Ja, ja, ja! (Soltando ruidosas carcajadas.)

VILL. ¡Oh, yo le obligaré á batirse, yo le obligaré! (Con ira, sentándose cerca del velador y empezando á escribir.)

PAUL. El quinto ¿eh?

TODOS (Menos Villena.) ¡Ja, ja, ja!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho modestamente amueblado en casa de don Fabián. Mesa de escribir á la izquierda. Un velador á la derecha. Puerta en el foro y otras laterales.

ESCENA PRIMERA

DON FABIÁN y DOÑA CANDELARIA

Don Fabián, escribiendo en la mesa; doña Candelaria, cosiendo cerca del velador. Al poco rato, don Fabián deja de escribir y se queda meditabundo

CAND. ¿Qué haces? ¿No escribes?

D. FAB. Sí, mujer, sí. (Volviendo á escribir.)

CAND. Como dijiste ayer que ese alegato corría mucha prisa.

D. FAB. Sí; con efecto.

CAND. ¿Tienes algo? Me parece que estás distraído.

D. FAB. ¿Yo, hija mía? No. ¿Qué quieres que tenga?

CAND. ¿Qué sé yo? Algún disgusto.

D. FAB. ¡Ca! nada de eso. (Haciendo esfuerzos por aparentar alegría.) Al contrario, estoy muy alegre.

CAND. ¡Bah, bah! ¡Si querrás tú comulgarme á mí con ruedas de molino! ¡Bueno fuera que al cabo de veintisiete años de matrimonio, no supiese una adivinar los pensamientos de su marido! ¡Cómo cambian los tiempos, se-

ñor don Fabián! Antes no podía usted ocultarme nada; pero desde que hemos venido á este pícaro Madrid, se me va usted haciendo reservadillo. Ya se ve: ¡lo malo se pega con tanta facilidad!

D. FAB. Pero si te digo que no tengo nada.

CAND. Afortunadamente aun no has aprendido á disimular. (Levantándose y acercándose á don Fabián con inquietud.) ¿Será que no te sientes bueno?

D. FAL. A Dios gracias, gozo de completa salud.

CAND. A ver, á ver. (Tocándole la frente y las manos.)

D. FAB. Si estuviese malo, ¿no lo diría yo?

CAND. No, señor: no lo diría usted. Y en esto siempre has sido lo mismo. Hasta que el mal te rinde, nunca das tu brazo á torcer; y aun estando á la muerte, como sucedió el año pasado, ni por casualidad abres el pico para quejarte. Bien parece que las personas sean sufridas, pero tanto se peca por carta de más como por carta de menos.

D. FAB. Pues mira, Candelaria; si yo soy así, de ti lo he aprendido.

CAND. ¡Jesús qué embuste! ¿Hay mujer en el mundo más quejumbrosa que yo?

D. FAB. Sí; publicas los males pequeños, y callas los grandes.

CAND. Déjame en paz. (Volviendo á sentarse y tomando la labor.) En fin, lo principal es que no estés malo. En el disgusto que te aflige, bien quisiera tener alguna participación; pero cuando tú me lo ocultas, sus razones habrá para ello.

D. FAB. En poniéndosele á una mujer alguna cosa entre ceja y ceja...

CAND. Casi siempre tiene razón. En querer engañarme, en eso es en lo que no haces bien. No se hable más del asunto.

D. FAB. (¡Qué penoso es fingir!) (Pausa.)

CAND. ¿No se ha dicho estos días que el Gobierno piensa disolver las Cortes?

D. FAB. Se ha dicho, pero todavía nada hay resuelto.

CAND. ¡Ay, ojalá que las disuelva pronto! No veo el instante de echar á correr. Y ya sabes

que me has ofrecido no volver á ser diputado.

D. FAB. Te lo he ofrecido, y te lo cumpliré. Una y no más, Señor San Blas.

CAND. Ya es viejo Pedro para cabrero. Estaba una hecha á vivir en paz octaviana, y aquí hasta los dedos se me antojan huéspedes. No ceso de temblar por ti y por Miguel. Por Miguel sobre todo, que, como muchacho, corre peligro de perderse con las malas compañías y los malos ejemplos. Hoy apenas le he visto. ¿Qué hará tanto tiempo encerrado en su cuarto? (Tira del cordón de la campanilla.) Es gran lástima haber criado con esmero una flor en cerrada estufa, y luego verla expuesta al soplo de vientos desencadenados. ¡Bernabé! ¡Bernabé! (Gritando y tirando otra vez del cordón de la campanilla.) Miguel es muy bueno —¡bendito Dios!—pero ¿cómo podrá resistir el contagio de la epidemia que hay en este Madrid? ¿Conservará ileso el pobre su corazón, en medio de esa juventud alborotada y descreída, en quien se gasta el alma antes que el cuerpo haya acabado de crecer? Nada, mi señor don Fabián:

Belchite, Belchite quiero:
la Corte no es para mí.

Pero ¿se habrá vuelto sordo este hombre? (Tira otra vez del cordón de la campanilla.)

ESCENA II

DICHOS y BERNABÉ

Entra por la puerta del foro

CAND. ¿Dónde estaba usted metido?

BER. Estaba... ahí... en la escalera.

CAND. Y ¿qué hacía usted en la escalera?

BER. ¡Toma!... Me llamó el muchacho del cuarto principal.

CAND. ¿Para qué?

BER. Para hablar de política.

D. FAB. (¿Se habrán enterado?...)

CAND. ¿De política? ¿Usted hablar de política?

BER. Sí, señora: también yo tengo mi opinión, y...

CAND. No me venga usted á mí con solfas. Ya sabe usted que no quiero tertulias en la escalera.

BER. ¿Qué hay en eso de malo?

CAND. Pocas palabras.

BER. Pues ¿para qué quiere uno la lengua?

D. FAB. ¡Insolente!

CAND. Déjale tú. (Aparte á su marido.)

BER. (No sé cómo no se muere de vergüenza.) (Mirando á don Fabián.)

CAND. Nunca le había notado á usted la gracia de ser respondón.

BER. A veces...

CAND. (También á éste le pasa algo.) ¿Dónde está el señorito?

BER. En su cuarto.

CAND. Dígale usted que venga aquí.

BER. (¡Tener yo un amo tan santurrón y tan gallina! ¡Yo, que soy más liberal y más valiente que Garibaldi!) (Vase por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA III

DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA

D. FAB. Despide inmediatamente á ese criado.

CAND. ¿Por qué? Su falta no merece tan severo castigo. Se conoce que también para él ha soplado hoy mal aire. Le echaré una buena peluca, y tal vez se corrija.

D. FAB. (Por más que haga, no podré impedir que lo sepa.)

CAND. ¿Qué rezas entre dientes?

D. FAB. ¿Eh?

CAND. Ni siquiera me oyes, Fabián. ¡Vaya si estás distraído!

ESCENA IV

DICHCS y MIGUEL

Entra por la puerta de la izquierda de segundo término

MIG. ¿Qué quiere usted, madre?

CAND. Quería que salieses de tu huronera y te vinieses aquí con nosotros. ¿Qué hacias en tu cuarto?

MIG. Estaba... estaba leyendo.

CAND. Cosa muy triste sería... porque traes una cara...

MIG. No... sino que... (¡Oh, mi padre!) (Viéndole.)

D. FAB. (¿Sabrá también él?...)

CAND. Pues señor; esto ya va picando en historia.

MIG. ¿Por qué lo dice usted? (Reprimiéndose y disimulando.)

CAND. Porque hoy todo el mundo ha pisado mala hierba.

MIG. No; lo que es yo...

D. FAB. No, ni yo tampoco; sino que tu madre se empeña en que todos tenemos hoy algo que ocultar.

MIG. ¡Qué aprensión!

CAND. Un marido puede tener secretos para su mujer; un hijo no debe tenerlos para su madre. Callando tú, estás en tu derecho. Si tú callases, faltarías á tu deber. Habla, ¿qué te sucede?

MIG. No me sucede nada; ya se lo he dicho á usted.

CAND. Fabián, haz que tu hijo obedezca á su madre. (Con gravedad.)

D. FAB. ¿Y si no hubiese tal desobediencia?... ¿Si el chico nada tuviera que decir?...

CAND. ¡Ah! (Creyendo adivinar lo que ocurre y observando á don Fabián y Miguel, que permanecen callados y sin mirarse el uno al otro.) ¿Has hecho algo malo? (A Miguel.) ¿Lo sabe tu padre, y entre los dos queréis ocultármelo á mí? ¿Qué ha hecho? (A don Fabián.)

D. FAB. ¿El?... Nada. . Miguel es incapaz...

CAND. Ha contraído malas amistades. Y sobre todo la de ese Paulinito Villena, que es una buena alhaja. Vamos á ver: ¿qué has hecho? Confiésame tu falta, hijo, confiésamela. (Con dulzura.)

MIG. Pero si yo... Padre le dirá á usted...

CAND. (Ni se atreve á mirarle.) Miguel, anda y besa la mano á tu padre.

MIG. ¡Oh, sí, señora! (Miguel se acerca á su padre y le besa la diestra. Don Fabián le coge la cabeza con ambas manos, y al besarle en la frente con mucha ternura, se le saltan las lágrimas,)

CAND. Fabián, se te han saltado las lágrimas. ¿Qué es esto?

D. FAB. ¿Qué ha de ser? Que recelando del muchacho, á él y á mí nos afliges.

CAND. (¡No sé qué pensar!)

ESCENA V

DICHOS y DON DAMASO

D. DÁM. (¡Que siempre ha de estar esta mujer al lado de su marido!) ¿Se puede?... (En la puerta del foro.)

CAND. Adelante, don Dámaso. ¿Va bien?

D. DÁM. Grandemente. ¿Y ustedes?

CAND. Mejor que queremos. Siéntese usted.

D. DÁM. Gracias. (Siéntanse los cuatro.)

CAND. Cuéntenos usted algo, don Dámaso. ¿Qué hay por esos mundos de Dios?

D. DÁM. Por esos mundos de Dios hay muchos demonios.

CAND. Mire usted que la gente de algún tiempo á esta parte anda desatinada.

D. DÁM. Efectos de la primavera.

CAND. Robos, asesinatos, desafíos... ¿Se sabe cómo está ese joven que se batió días pasados?

D. DÁM. Creo que sigue bastante mal.

CAND. ¡Pobrecillo! ¿Y tiene madre?

D. DÁM. Sí, señora.

CAND. ¡Pobre madre! Mentira parece que los hom-

bres olviden hasta ese punto lo que se deben á sí mismos; lo que deben á sus semejantes y á Dios.

D. DÁM. Yo lo deploro como usted, pero sin dejar de conocer que el duelo es un mal irremediable, con el cual se eviten acaso otros mayores.

CAND. Usted siempre el mismo, don Dámaso; siempre con su término medio y su según y conforme, dando á Dios una mano y la otra al demonio.

D. DÁM. Crea usted, señora, que á veces es imposible evitar un lance de honor.

CAND. Nunca es imposible obrar bien.

D. FAB. (¡Por mí lo dice!)

MIG. (¡Lo dice por mi padre!)

D. DÁM. ¿Y el honor, amiga mía, y el honor?

CAND. ¿Y qué es honor, amigo mío, qué es honor? No está en lo posible calcular los males que se originan de una sola palabra, si llega á ponerse de moda con torcida significación. En nombre del honor, mata el amigo á su amigo, el marido á su mujer, la madre á su hijo; en nombre del honor, se quita el hombre á sí mismo la vida; no hay crimen que en su nombre no pueda cometerse. Pues dígole á usted que si esto fuera el honor, habría que mandarle á paseo.

D. DÁM. Entendámonos. Si un hombre recibe una injuria, ¿debe tolerarla y resignarse á quedar afrentado? ¿Verdad que no, Fabián?

D. FAB. Yo . Casos puede haber...

CAND. Calla y no digas un desatino. Entendámonos. Lo que afrenta no es recibir una injuria, sino recibirla mereciéndola. De lo contrario, estaría al arbitrio de cualquier tunante deshonrar á los hombres de bien.

MIG. Y ¿qué hará el que, sin merecerlo, sea gravemente ofendido?

CAND. Perdonar, hijo, perdonar.

D. DÁM. Eso se dice fácilmente.

D. FAB. Con dificultad se ejecutan las cosas buenas: las malas son las que, por lo regular, cuestan poco trabajo.

CAND. ¡Así me gusta!

D. DÁM. Pero, señor, no siempre se puede perdonar.

CAND. Tribunales hay en el mundo.

D. DÁM. ¡Quite usted allá! Para reparar una afrenta, sólo aprovecha, entre caballeros, la justicia que cada cual se toma por su mano.

CAND. De modo que los tigres deben ser caballeros á carta cabal. Y ¿quiere usted decirme de qué aprovecha esa justicia?

D. DÁM. Señora, un duelo no da la razón al que no la tenga; pero al que la tiene...

CAND. Se la quita. El duelo —créalo usted—es un juego de azar; el peor de todos, porque peor es jugarse la vida que jugarse el dinero; es crimen abominable y absurdo ridículo, todo en una pieza. Caso práctico, señor don Dámaso. Cuando, años atrás, le dieron á usted un bofetón...

D. DÁM. ¡Un bofetón á mí! No, señora. Está usted trascordada. No fué bofetón.

CAND. Pues ¿qué fué?

D. DÁM. Un puñetazo.

CAND. ¿Y no es lo mismo?

D. DÁM. ¡Qué ha de ser lo mismo! Un bofetón... es un bofetón y un puñetazo...

CAND. Un puñetazo. Olvidaba que, con arreglo á las sublimes leyes del honor, afrenta más una mano abierta que una mano cerrada. Pero, en fin, cuando aquel bárbaro, si no con la palma, con el puño, le deshizo á usted las narices, ¿quedó usted rehabilitado porque después, á mayor abundamiento, le desorejase de un sablazo?

D. DÁM. Mucho que sí.

CAND. ¿Conque el duelo es un sistema homeopático, donde, por aquello de *similia similibus*, un trastazo se cura con otro?

D. DÁM. Lo que hay, señora, es que las injurias se lavan con sangre.

CAND. Lo de siempre. A falta de una buena razón, una frase magnífica. ¡Lavar con sangre! ¡Bueno está el lavatorio! Mire usted, santo varón, que la sangre no lava; que lo que hace es manchar, y que mancha de sangre, difícilmente se borra.

D. FAB. (¡Ay, es verdad!)

CAND. ¡Cuidado que en poniéndose los hombres á disparatar!... «Caballero (dice un caballero á otro caballero), usted me ha ofendido y necesito una reparación»; y el caballero retado responde caballerosamente al caballero retador: «Estoy pronto á dársela á usted»; y ¡zás! lo que le da es una estocada ó un tiro, y ya queda todo arreglado. Si los pollinos discurriesen, ¿discurrirían de otra manera? El sentido común ve más claro en este particular. ¿Va un hombre á batirse ofendido y vuelve apaleado? Pues trae la misma ofensa que llevó, y un trastazo por añadidura. Y vencido ó vencedor, sobre la injuria trae un delito. El que solo era desgraciado es ya desgraciado y delincuente; y una desgracia no se remedia con un crimen.

D. FAB. (¡Hice lo que debía!)

MIG. (¡Sí: mi madre tiene razón!)

D. DÁM. Y ¿prefiere usted, por ventura, que en vez de pelear se asesinen los hombres?

CAND. Prefiero que no se maten de ninguna manera.

D. DÁM. ¡Ya!... Pero creo que entre un duelo y un asesinato, hay gran diferencia.

CAND. En el resultado, ninguna. Y aun se me figura á mí que el duelista que riñe con ventaja, no tiene poco de asesino.

D. DÁM. Hombre, dile á tu mujer que desde que el mundo es mundo, se ha batido la gente.

CAND. También ha robado. Sostenga usted que es bueno robar.

D. DÁM. Los hombres de bien no roban, y se baten.

CAND. Alguna vez por obcecación ó debilidad. Pero repare usted en esos que hacen profesión de matones, y verá que para llegar á ser buenos duelistas, han empezado por ser grandísimos tunos, y que si buscan el honor provocando á la gente, y dando ó recibiendo estocadas, es porque de otro modo no lo pueden hallar.

D. DÁM. ¡Pues no me convenzo! La cobardía es el mayor pecado que se puede cometer en el mundo.

CAND. Pues convénzase usted: porque pelear á la fuerza, por miedo del qué dirán, eso es cobardía; y atreverse á no reñir, aun á riesgo de parecer cobarde, eso es valor.

MIG. Don Dámaso, no hay cobarde que no sea capaz de batirse. Con miedo se acepta un desafío; para lo que se necesita valor es para rechazarle.

D. FAB. Dámaso, el que se bate, lucha con un hombre solo; el que no se quiere batir lucha con la sociedad entera y la vence.

D. DÁM. ¡Todos contra mí! Pase que una mujer diga ciertas cosas, pero ¡que tú las digas también .. tú! Ya sabes que hoy sin falta he de hablarte de aquel negocio. (Como tomando una resolución, levantándose y acercándose á él.)

CAND. ¡Hola! secretitos tenemos.

D. DÁM. ¡Ca! no, señora; sino que por no fastidiar á usted tratando de negocios...

CAND. No ignora usted que yo las cazo al vuelo. Vente, Miguel.

D. DÁM. (Lo que es ahora ..)

CAND. ¡Ah! (Deteniéndose ya cerca de la puerta de la izquierda, como asaltada de una idea repentina.) ¿Fabián, has recibido noticias de Diego? (Volviendo rápidamente al proscenio.)

D. FAB. ¿De tu hermano? Ninguna.

CAND. Dime la verdad. ¿Está malo? ¿Le ha sucedido alguna desgracia? ¿Ha tenido algún desafío?

D. FAB. ¿Un desafío? (Don Fabián, don Dámaso y Miguel se estremecen.)

CAND. Sí, porque como él es tan pendenciero. . Tu tristeza, la de Miguel, esta conversación, el empeño de don Dámaso en disculpar á los duelistas... ¿Se ha batido? Dímelo, por Dios.

D. FAB. Puedo asegurarte que nada sé.

CAND. ¿De veras?

D. FAB. De veras.

CAND. Y tú, ¿sabes algo? (A Miguel.)

MIG. Nada, madre.

CAND. ¿Y usted?

D. DÁM. Tampoco.

CAND. ¡Ojalá que me engañe! Cualquiera otra desgracia me parecería menor.

D. FAB. (¡Dice bien!)

CAND. Pero lo cierto es que ustedes me ocultan algo; y hasta que sepa de Diego no podré estar tranquila.

MIG. No se mortifique usted con vanas aprensiones.

CAND. Vamos á ponerle un parte telegráfico. (A Miguel.)

D. FAB. Haz lo que quieras.

D. DÁM. Bien pensado. ¿A qué se ha de quedar usted con esa zozobra? (Así nos la quitaremos de encima.)

CAND. ¿Vamos, hijo?

MIG. Sí, madre; vamos adonde usted quiera.

ESCENA VI

DICHOS, MEDINA y BERNABE

Aquél con una caja de pistolas debajo del brazo, y éste con una maleta

BER. Aguarde usted á que pase recado. (Dentro.)

MED. ¡Eh, quita!

CAND. Esa voz...

MED. Yo soy de casa. (Entrando por la puerta del foro, seguido de Bernabé.)

CAND. ¡Diego! (Corriendo á abrazarle.)

MIG. (¡Mi tío!)

D. FAB. (El aquí.)

MED. Déjame soltar este chisme. Cuidado que son pistolas y están cargadas. (Poniendo la caja de las pistolas encima de la mesa.)

CAND. ¡Que no hayas tú de dar un paso sin las dichosas pistolitas!

MED. ¡Hola, buena alhaja! ¿No abraza usted á su tío?

MIG. Con mil amores. (Abrazando á Medina.)

MED. ¡Oh, que está aquí don Dámaso! (Dándole la mano.)

D. DÁM. Bien venido.

MED. ¡Fabián! No te había visto. Gracias, Fabián, gracias. Eres todo un hombre. Siento que

te hayas metido en eso, pero tu noble proceder... (Don Fabián le hace señas, que él no repara.)

D. DÁM. Y ¿cómo es que le tenemos á usted por aquí? (Interrumpiendo deliberadamente á Medina.)

CAND. ¿Qué decías á Fabián?

MED. (¡Ah, sí! ésta ignorará...)

CAND. ¿No oyes?

MED. Sí. Le decía... ¿Creerás que ya no recuerdo qué iba á decirle?

CAND (Tampoco éste quiere hablar.)

MED. Pues he venido (Dirigiéndose á don Dámaso.) porque el Gobierno me ha mandado venir.

CAND. Decías á Fabián que sentías que se hubiese metido en no sé qué cosa, pero que su noble proceder...

D. DÁM. ¡Y á qué buen tiempo ha venido usted! Esta señora estaba empeñada en que le había sucedido á usted algo.

MED. Mi hermana siempre ha sido muy visionaria.

D. FAB. Mira, mujer: Diego querrá lavarse un poco.

CAND. Ven conmigo. Síganos usted. (A Bernabé.)

MED. (Luego hablaremos.) (Bajo á don Fabián.)

D. DÁM. (Déjanos tú también.) (Bajo á Miguel.)

CAND. (¿Qué será?) (Observándolos á todos. Vanse por la puerta de la izquierda de primer término.)

ESCENA VII

DON FABIÁN y DON DÁMASO

D. DÁM. ¡Gracias á Dios que nos vemos solos! ¿Qué piensas hacer?

D. FAB. Lo que únicamente puedo: tener paciencia.

D. DÁM. ¿Conque es verdad? ¿Conque te empeñas en no batirte?

D. FAB. Sí. Ya lo has debido comprender.

D. DÁM. Oye, Fabián. Mi primer cuidado fué ver si lograba templar la cólera de Villena y arreglar pacíficamente este negocio. ¡Vana diligencia! Y en el punto á que han llegado las

cosas, no creo que haya términos hábiles para evitar el desafío.

D. Fab. ¿Eso me dices tú, Dámaso, tú que eres mi amigo?

D. Dám. Porque soy tu amigo te advierto que para vivir en sociedad no hay más remedio que someterse á la ley de las mayorías, aunque éstas se compongan de tontos ó malvados, como puede muy bien suceder. Recuerda los insultos que Villena te ha dirigido; recuerda en qué ocasión y con qué circunstancias; considera que te ha desafiado, que te volverá á desafíar, y que, al fin y al cabo, tendrás que hacer por fuerza lo que no quieres hacer voluntariamente. Pues, hombre, pecho al agua; vuelve por tu honra ofendida, y no se diga de ti que eres un Juan Lanas, que se deja sopetear. Un duelo no es cosa tan grave como parece á primera vista. Aquí me tienes á mí que me he batido muy bien, según dicen, y puedes creer, sin temor de equivocarte, que el Cid fué algo más valiente que yo. Te confesaré en confianza que cuando aquel maldito lance, pensé muy formalmente morirme de miedo. Y ¿qué sucedió? Que salí al campo, y una vez allí, hice lo que cada hijo de vecino hubiera hecho en mi lugar. Tenía por seguro perder la vida en el combate, y no perdí más que la miseria de media oreja; saliendo en realidad ganancioso, porque ¿quién no da media oreja por adquirir fama de valiente? Ahora—ya lo ves—paso por hombre terrible, nadie se atreve á jugar conmigo; y si, por acaso, algún temerario se me desmanda, puedo perdonarle la vida, dándome tono de padre grave, escupiendo por el colmillo y diciendo que tengo hechas mis pruebas. ¡Si vieses qué gran comodidad es esto de tener uno hechas sus pruebas! ¡Con que ánimo, Fabián! Baladrones insolentes como Villena son los adversarios menos temibles. En tres de sus cinco desafíos, ha salido ese Fierabrás con las manos en la cabeza. Procura tú

que salga ahora sin cabeza á que poder llevarse las manos.

D. Fab. Pero ¿acaso imaginas que si no riño con él, es por miedo ó por falta de voluntad? No, Dámaso; mi gusto sería matar á ese hombre. Me siento capaz de beber su sangre. ¡He cambiado tanto en algunas horas! Con mil afanes y muy poco á poco se sube la cuesta de la virtud; y luego, de pronto la baja uno despeñado: años y años lucha uno denodadamente con las malas pasiones; y cuando piensa que para siempre las tiene ya vencidas, á un solo choque, revuélvense y levántanse amotinadas las heces del corazón y todo le enturbian y envenenan. ¡Ay, Dámaso, qué horrible desengaño es éste! Poco ha me consideraba yo dichoso: á todo el mundo amaba: á los buenos, porque eran buenos, y á los malos, porque eran malos y me daban compasión; ni á una hormiga hubiera querido causar daño. Ahora sólo se ofrecen á mi imaginación escenas de sangre, de muerte y exterminio; ahora, busco en mí un poco de humildad, un poco de resignación, y únicamente hallo vanidad, ira, soberbia, odio, deseo de venganza; ahora, no concibo que el hombre pueda sentir más que un placer: uno solo: el placer de vengarse. Pienso en mi mujer y mi hijo, y viendo en ellos un obstáculo á la satisfacción de mi deseo, quisiera poder odiarlos, quisiera que me aborreciesen. Pienso en Dios, y mi razón pone asechanzas á mi fe, y siento agitárseme el alma en espíritu de rebeldía. Resistir á la tentación de lidiar con mi enemigo; eso es lo que me cuesta mucho trabajo. Lidiar con él; eso sería lo cómodo y fácil para mí. ¿Voluntad? No la tengo para otra cosa. ¿Valor? Si todo el mundo defendiese á Villena, con todo el mundo me atrevería. Pero ¡mi hijo, que es tan bueno... mi mujer, que tanto me quiere... mi Dios, que me crió y padeció por mí muerte de cruz!... ¡Por eso no me bato... por eso, por eso!

D. DÁM. Siéntate y procura tranquilizarte. (Haciendo que se siente.) ¡Qué modo de tomar las cosas! Cierto es que ni como esposo, ni como padre, ni como cristiano, deberías aceptar ese duelo. Claro está, no deberías aceptarle: lo mismo pienso yo. Pero—¡qué diablos!—en el mundo no es posible llevar las cosas tan á punta de lanza. Míralo bien: si te empeñas en hacer oídos de mercader á una provocación semejante, ya puedes renunciar el cargo de diputado y volverte á Zamora; bien que ni allí te librarías de la rechifla que te aguarda. Para mayor desgracia tuya se te ha ocurrido ir á probar en esta ocasión que tienes talento. ¡Más te valiera tener el cólera morbo! ¡Ay de ti, Fabián! ¡Ay del hombre que cause envidia y no logre al mismo tiempo causar temor! Algunos verás respetados y enaltecidos á las nubes, por el solo mérito de tener malas pulgas y estar siempre dispuestos á romperse el bautismo con el prójimo. ¡No sabes tú que negocio tan productivo es tener mal genio! Otros de condición blanda y apacible, son irremisiblemente por esto sólo objeto de mofa y desdén. Pues ¿qué te sucederá á ti, desdichado, á ti que vas á dar con tu conducta el mayor ejemplo de debilidad que dieron nunca los nacidos? Ya veo corrillos que para quitarte el pellejo se forman en paseos, tertulias, plazas y cafés: ya tengo en la mano viles caricaturas, representándote con figura de gallina: ya oigo tus alabanzas cantadas por la prensa periódica, por ese monstruo de innumerables lenguas que todo lo charla y en todas partes se hace oir. Hoy que á los inquisidores que torturaban el cuerpo, han sucedido otros inquisidores que se gozan en torturar las almas; hoy que por tantos se ejerce á mansalva la tiranía, en nombre de la libertad; hoy que la maledicencia es oficio asalariado y llave que abre todas las puertas, ¿qué mayor ganga que un hombre público inofensivo á quien se pueda tratar mal impunemente?

No lo dudes: caerán sobre ti los detractores con uñas y dientes afilados, seguros de poderte arañar y morder, sin riesgo ninguno: caerán sobre ti los cobardes para echarla de guapos: y constantemente estarás en ridículo, y el día menos pensado reventarás de un sofocón.

D. FAB. Y ¿qué importa ser despreciado por hombres despreciables? ¿Qué importa ser aborrecido por hombres aborrecibles? No hay en esto motivo de pena, sino de alegría: no hay en esto mengua, sino honra.

D. DÁM. Es que no sólo perderías la estimación de los bribones, sino también la de todas aquellas personas que, no por ceder á las preocupaciones sociales dejan de ser honradas, y—¿qué quieres?—yo mismo...

D. FAB. ¡Tú! ¿Qué vas á decir?

ESCENA VIII

DICHOS y BERNABÉ

BER. Señor.

D. FAB. ¿Qué hay?

BER. El criado del cuarto principal ha traído esta carta.

D. FAB. ¿El criado del cuarto principal?

BER. Me parece que yo no hablo en francés.

D. FAB. ¿Eh, qué es eso?

BER. Lo digo, porque como usted no me entiende...

D. FAB. Traiga usted acá. (Quitándole la carta de la mano.)

BER. (No, pues como me busque la lengua... A bien que ahora todos somos iguales.) (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA IX

DON FABIÁN y DON DÁMASO

D. FAB. ¡Es de Villena! (Después de haber abierto la carta.)

D. DÁM. No tiembles, hombre, no tiembles.

D. FAB. Tiemblo de ira.

D. DÁM. Veamos qué dice.

D. FAB. «Es usted tan vil y cobarde...» (Leyendo.) Vil y cobarde. ¿Oyes esto?

D. DÁM. Adelante.

D. FAB. «Es usted tan vil y cobarde, (Leyendo.) que »no merecía sino que yo le escupiese á la cara». ¡Oh, qué villanía!

D. DÁM. Cuando te digo que la cosa no tiene remedio.

D. FAB. «Pero en vano se niega usted á reñir conmi»go. Este es mi segundo reto. Esperaré un »cuarto de hora su respuesta. Si no la reci»bo en ese tiempo, iré yo en persona á pe»dírsela á usted. Confío en que no dará us»ted lugar á semejante escándalo, bien que »todo se pueda temer de quien tiene tanto »miedo y tan poca vergüenza.»

D. DÁM. ¡Es un demonio en figura humana!

D. FAB. ¡Dios mío, que yo me vea tratado así! ¡A mis años! ¡Un padre de familia!... (Sentándose en una silla al lado del velador, y dejando caer al suelo la carta de Villena.)

D. DÁM. Pues ten por seguro que Villena hará pública esa carta. ¿Vacilarás aún?

D. FAB. ¿Cómo he de vacilar? No hay paciencia que al fin no se acabe. (Levantándose.) Reñiré con ese villano.

D. DÁM. ¡Así hablan los hombres!

D. FAB. Y le mataré.

D. DÁM. ¡Amén! Necesitas dos padrinos. Claro está que yo soy uno de ellos; y para ganar tiempo corro en seguida á verme con los de Villena. Esta misma tarde quedará arreglado el negocio, y mañanita con la fresca... Adiós.

D. FAB. Oye... aguarda...

D. DÁM. ¿Para qué?... Estas cosas cuanto menos se piensen...

D. FAB. ¡Morir en un desafío!... ¡Morir el cuerpo y quedar condenada el alma tal vez á morir eternamente!...

D. DÁM. ¿Volvemos á las andadas?

D. FAB. ¿Se ha de buscar el remedio de un mal fugaz en un mal eterno? Por dar gusto al

mundo, ¿ha de ser uno malo contra su voluntad? Por hacerse uno amigo de los hombres, ¿ha de hacerse enemigo de Dios?

D. DÁM. Pero advierte...

D. FAB. ¿Y acaso ignoras que Villena tiene un hijo? Los dos somos padres. ¡Mentira parece que un padre quiera hacer huérfanos á los hijos de los demás!

D. DÁM. En resumidas cuentas, ¿aceptas ó no el desafío?

D. FAB. No. (Con firmeza.)

D. DÁM. ¿No?

D. FAB. No.

D. DÁM. Haz lo que gustes. Pero ya que te empeñas en ir contra la corriente del mundo, no culpes á quien no quiera ser compañero tuyo de viaje.

D. FAB. ¡Tú eres cobarde, tú!

D. DÁM. A ti nada se te da de estar en ridículo: á mí no hay cosa que más me asuste.

D. FAB. ¡Ten lástima de un infeliz!

D. DÁM. Yo sé que no es miedo, sino virtud, lo que hace de ti una excepción del género humano: sé que para santo debe faltarte ya muy poco. Si fuera papa, desde luego te canonizaría. En secreto, admiraré tu fortaleza: en público, no podré aprobar tu conducta: estimándote en realidad, haré como que no te estimo.

D. FAB. ¿Y así me lo dices? (En tono de triste reconvención.)

D. DÁM. No quiero dejar de ser leal contigo. Adiós. Instaba por tu bien. ¡Ojalá pudiera yo batirme por ti!

D. FAB. ¡Dámaso! ¡Dámaso! (Muy afligido.)

D. DÁM. ¡Qué pícaro mundo, verdad? Pero, ¿qué remedio? Como no hay otro, en ese es preciso vivir. (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA X

DON FABIÁN y luego MEDINA

Don Fabián se arrodilla después de algunos instantes de silencio, durante los cuales habrá tenido fija la vista en el sitio por donde se ha ido don Dámaso

D. FAB. ¡Ea, Dios mío, envíame nueva y mayor mortificación! Eso me probará que te acuerdas de mí. ¡Ea, Dios mío, pon en mis hombros tu cruz! No me rendirá su peso. Tú me ayudarás á llevarla. (Medina sale con traje de calle por la puerta de la izquierda de primer término.)

MED. ¿Qué haces?

D. FAB. ¡Eh! ¿Qué?... Nada: recoger este papel que se me había caído. (Cogiendo del suelo la carta de Villena.)

MED. En seguida tengo que ir al Ministerio. Aprovechemos estos instantes. Estás agitado. ¿Ocurre algo de nuevo? ¿Quién te escribe esa carta?

D. FAB. Villena.

MED. Villena. A ver, trae. (Tomando la carta de manos de don Fabián.) «Es usted tan vil y cobarde.» (Leyendo. Don Fabián se estremece.) ¡Cómo! «Que no merecía sino que yo le escupiese á la cara.»

D. FAB. Lee bajo... Que yo no lo oiga. (Medina continúa leyendo la carta con la vista.) (¡Otra vez los insultos hacen hervir mi sangre! ¿Es que no quieres oirme, Señor? ¡Qué día tan cruel y tan largo! ¡Si no se acaba nunca!)

MED. ¿Villena te ha enviado este papel?

D. FAB. Sí.

MED. ¿Habías desoído su primera provocación?

D. FAB. Sí.

MED. Pero ya—¿quién lo duda?—ya estarás resuelto á castigar á ese insolente.

D. FAB. Estoy resuelto á no batirme.

MED. ¿Qué dices? ¿Deliras? Dios sabe que para siempre está grabado en mi corazón el favor

que te debo. Dios sabe que, aun á costa de la mitad de mi existencia, hubiera querido evitar que te vieses en tal conflicto por causa mía. Pero ya en este negocio no cabe compostura. Fabián, si tienes sangre en las venas, ¿cómo es posible que dejes de hacer lo que haría en tu lugar el hombre más bajo y despreciable?

D. Fab. Creo no haberte pedido consejo.

Med. Yo te le daré, aunque tú no le pidas. Harto siento verme obligado á esperar vez, pero ya que no hay otro remedio, ya que así lo reclama tu honra, que es la de mi familia, riñe con él antes que yo, y ten por seguro que si logra escapar ileso de tus manos, luego en las mías encontrará su merecido.

D. Fab. Diego, ese duelo no se verificará.

Med. Fabián, hay desgracias irremediables. En ciertos casos el hombre bien nacido no puede acordarse más que de su honor. Considera que tu mengua á todos nos alcanzaría alguna parte. ¿Quieres que tu esposa tenga que bajar avergonzada la vista delante de la gente, que se ría de su marido?

D. Fab. ¡Tú también!

Med. ¿Quieres que tu hijo sea hijo de un cobarde y empiece á vivir entre los hombres con nota de infamia?

D. Fab. ¡Me estás destrozando el corazón!

Med. ¿Quieres que yo?... Me aguarda el Ministro. No puedo detenerme. Volveré pronto. Piénsalo bien. (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA XI

DON FABIAN y después MIGUEL

D. Fab. ¿Conque soy un infame de quien huirá la gente como de un leproso, por temor del contagio? Estoy aturdido. (Sentándose.) No sé lo que me pasa. ¡Oh, qué trabajo cuesta ser hombre de bien! (Oculta el rostro entre las manos

y llora. Miguel sale por la puerta de la izquierda de segundo término, con un papel en la mano.)

MIG. Está llorando. Aquella debe ser la carta. (Por la de Villena, que estará encima del velador.)

D. FAB. ¡Ah! (Enjugándose las lágrimas precipitadamente) ¿Eres tú? Ven acá, hijo mío, ven con tu padre Siéntate. (Miguel se sienta al lado de su padre.) ¡Que me alegro de verte! Me quieres mucho, ¿verdad?

MIG. Sí, padre: mucho.

D. FAB. ¡Oh, no sabes qué necesidad tan grande tengo ahora de que me quieras! Me parece que tu madre decía bien. Estás triste. ¿Qué penas puedes tú sentir, vida mía?

MIG. Padre... deseo hablar con usted de una cosa muy importante, y no me atrevo.

D. FAB. ¿Por qué? ¿Es eso lo que te aflige? Habla sin temor.

MIG. Si usted me da su permiso...

D. FAB. Ya te he dicho que hables.

MIG. Pues me han contado que hoy en el Congreso...

D. FAB. ¡Ah!... (¡Lo sabe!)

MIG. Usted y el señor Villena..

D. FAB. Sí, con efecto: hemos tenido un disgustillo.

MIG. Sí, eso es. . Aunque dicen que él le ha dirigido á usted ..palabras algo duras... verdaderos insultos... insultos crueles.

D. FAB. No... no tanto... Se acaloró mucho... y como es tan irascible... Ya comprenderás que al insultarme sin razón, él es quien ha salido perdiendo.

MIG. Ciertamente... Pero... ya se ve... el mundo piensa de un modo tan particular...

D. FAB. (¡Temblando estoy!)

MIG. Y aseguran...

D. FAB. ¿Qué?

MIG. Que no contento con insultarle á usted le ha desafiado.

D. FAB. Sí, me ha desafiado.

MIG. Y añaden que usted no ha querido aceptar el desafío.

D. FAB. Pues es verdad.

MIG. ¡Ah! ¿Conque... es verdad? (Bajando los ojos.)

D. Fab. ¿Lo sientes tú, Miguel?

Mig. ¿Yo, padre? ¡Yo, sentirlo!

D. Fab. (Dios me ampare; ¡lo siente!)

Mig. Al contrario: me alegro. ¿Cómo no he de alegrarme?

D. Fab. Ya ves, ¡arriesgar mi vida en un desafío!

Mig. ¡Usted, arriesgar su vida; usted, que es tan bueno!

D. Fab. ¡Y teniendo un hijo como tú!

Mig. ¡Oh, no! Ha hecho usted bien.

D. Fab. ¿Verdad que sí, hijo de mi alma? Tú lo apruebas, ¿eh? ¡Mi hijo lo aprueba!... ¡Gracias á Dios! ¡Gracias á Dios!

Mig. Solo que esa carta que Villena le ha escrito á usted...

D. Fab. ¿Quién te lo ha dicho?

Mig. Su hijo me ha enviado una copia.

D. Fab. ¡Qué iniquidad!

Mig. Dice que se toma interés por mí y, á fuer de amigo, me aconseja que le hable á usted, que procure animarle... ¡Como á él no se le da gran cuidado de que su padre se exponga á morir!... ¡Aquí está ese papel, aquí está! (Enseñándole á don Fabián el que trae en la mano.) ¡Que un hombre como Villena se atreva á denostar así á un hombre como usted! ¿Se ha enterado usted bien de esta carta? ¡Oh, padre, rómpale usted la mano con que la ha escrito!

D. Fab. ¡Miguel!

Mig. No me haga usted caso... ¡Estoy loco!

D. Fab. Antes decías...

Mig. Sí, señor... pero ¡esa carta, esa carta!

D. Fab. ¿Lloras, Miguel?

Mig. ¡Es una infamia lo que ese hombre hace con usted! ¡Una infamia que nadie toleraría, nadie! ¿Cómo he de aconsejarle yo á usted que se bata: cómo he de querer yo que mi padre arriesgue su vida!... Pero con tan horrible afrenta ¿se puede vivir!

D. Fab. Vete, Miguel, vete: déjame solo.

Mig. Padre...

D. Fab. Vete en seguida. (Imperiosamente. Miguel se va por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA XII

DON FABIAN y después BERNABÉ

D. FAB. ¡Ser despreciado por mi hijo! ¡No: eso no! ¡Mis fuerzas no alcanzan á tanto! ¿Qué hay? ¿A qué viene usted aquí?

BER. Un caballero quiere ver á usted.

D. FAB. ¿Quién es?

BER. El vecino. (Con sorna)

D. FAB. ¿Qué vecino?

BER. El del cuarto principal.

D. FAB. ¡Villena en mi casa! ¡Qué atrevimiento! ¡Me amenazó con venir y ahí está! Que pase.

BER. (Parece que se emberrenchina.)

D. FAB. Vamos, avívese usted.

BER. No hay que gritar tanto, que no soy sordo.

D. FAB. ¡Deslenguado! (Yendo hacia él con aire amenazador.)

BER. Conmigo... se atreverá usted á echar roncas.

D. FAB. ¿Eh?... ¿Qué quiere usted decir?

BER. Nada: yo me entiendo. (Parece que se emberrenchina.) (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA XIII

DON FABIÁN y después VILLENA

D. FAB. ¡También mis criados saben mi deshonra! ¡También ellos se consideran autorizados para faltarme al respeto! Calma, calma, que bien la necesito. Hele ahí.

VILL. Vengo á preguntarle á usted si se ha propuesto que yo le asesine.

D. FAB. ¿Cree usted que aun no me ha hecho bastante daño?

VILL. ¿Y usted cree que se puede ofender impunemente á un hombre como yo? Muy cómodo sería, en efecto, insultar á la gente, y luego negarse á darle satisfacción, bajo el pretexto de que verter sangre es pecado.

¡Oh! esta vez ha echado usted la cuenta sin la huéspeda. A mí no se me para con ridículos aspavientos de mentida religiosidad, y, sea como sea, he de tomar de usted sangrienta venganza.

D. Fab. No es cierto que yo le haya insultado á usted. Me he limitado á defender á una persona de mi familia, acusada públicamente de venal, llamando calumnia á lo que no tiene otro nombre, que yo sepa. Y es singular que el malvado no tenga vergüenza al delinquir, y la tenga después al oir el nombre de su delito.

Vill. Mire usted lo que dice.

D. Fab. Usted es el que me ha ofendido á mí, tanto como cabe en lo posible ofender á una criatura humana; con saña cruel, con bárbara insistencia. Usted es el que ha osado escribirme esta carta soez, esta carta infame, que aun está muy honrada debajo de mis pies. (La rompe, la tira y le pone un pie encima.)

Vill. Señor don Fabián, recuerde usted que estoy en su casa.

D. Fab. ¿Pues qué, eso es para olvidado? Su presencia de usted aquí, á todo me autoriza.

Vill. Natural es que usted ni siquiera haya comprendido la importancia de su falta. Usted, que nada vale ni significa, no puede apreciar justamente la delicadeza de los hombres que hemos llegado á conquistar puestos muy altos en el mundo. ¿Sabe usted bien quién soy yo?

D. Fab. Lo sé perfectamente. Es usted uno de esos audaces que por los méritos de intrigar á todas horas, de traficar villanamente con su conciencia, de enriquecerse por arte de magia, adquieren el derecho de llamarse hombres importantes, y son vivo testimonio de lo que en el mundo pueden el descaro y la procacidad.

Vill. Pero supongo no que me hablaría usted de tal manera, si no hubiese perdido ya la esperanza de esquivar el riesgo que le intimida. Supongo que esa es ya la desesperación

del cobarde que se ve llevado por fuerza al campo del honor. Supongo que ha llegado el momento de que el hipócrita arroje la máscara de santidad, conque en vano quiso ocultar su vergonzosa cobardía.

D. Fab. Mire usted: yo no quería batirme—ya sabe usted por qué—porque soy un necio, un mentecato, que cree muy formalmente llevar en sí un alma inmortal; que cree en la gloria y en el purgatorio y hasta en el infierno—ría usted cuanto quiera—que cree en Dios, en una palabra, y aun tiene la poca aprensión de decirlo. Tales razones—claro está—no podían parecerle á usted satisfactorias. Esto de creer en el Dios del catecismo, se queda bueno para la gente de cortos alcances, pusilámine y ruin; que ustedes, los hombres de voluntad propia y juicio independiente, saben hacerse á cada momento dioses á su gusto; dioses compatibles con esa dignidad humana, que consiste en rechazar con ira y desprecio el yugo de sagrado deber, y en aceptar humildemente el de ridículas ó viles preocupaciones.

Vill. Pero usted ha logrado ya acallar el escrúpulo que le impedía batirse, ¿no es esto?

D. Fab. Para no batirme, tengo todavía muchas razones. Usted, abandona adrede á su hijo para que piense y obre como quiera; yo estoy consagrado á guiar al mío por el camino de la virtud; usted, muriendo, á nadie causaría sino aflicción muy pasajera; yo arrastraría conmigo al sepulcro á una mujer, en quien durante veintisiete años, sólo he visto amor, abnegación, piedad; usted, al día siguiente de haberme dado muerte, se iría á comer de fonda con sus amigos; yo, si le matara á usted, quedaría condenado á morirme de pena y de remordimiento: usted, no vive más que para gozar los mezquinos bienes de la tierra; yo vivo para merecer los bienes infinitos del cielo: usted, no llevaría al combate más que la vida en que cree, la vida temporal, es decir, un instante de vida;

yo llevaría una vida eterna. Pues dígame usted si un duelo entre los dos, sería un duelo igual: dígame usted si se debe jugar una vida que vale tanto, contra una vida que vale tan poco.

VILL. ¡Señor don Fabián!

D. FAB. ¿Por qué no se ha de admitir la desigualdad de las almas, como la desigualdad de las clases? Si á usted le desafiase un mendigo ¿no diría usted: yo no me bato con un mendigo? Pues ¿por qué cuando un canalla desafía á un hombre de bien, no ha de poder decir el hombre de bien yo no me bato con un canalla?

VILL. ¡Oh! (Yendo hacia don Fabián.)

D. FAB. ¿Qué hace usted?

VILL. Una palabra sola. ¿Quiere usted batirse? ¿Sí ó no?

D. FAB. Quiero matarle á usted.

VILL. ¡Ah, ya era tiempo!

D. FAB. Ya somos los dos igualmente infames.

VILL. Esa vida eterna de que usted habla, me parece poco para arrebatársela á usted. ¿Padrinos? (Acercándose mucho el uno al otro y en voz muy baja.)

D. FAB. Don Dámaso y la persona que él designe.

VILL. ¿Cuándo?

D. FAB. Cuando usted quiera.

VILL. ¿Mañana?

D. FAB. Mañana.

VILL. ¿Armas?

D. FAB. Todas me son iguales.

VILL. ¿La pistola?

D. FAB. La pistola.

VILL. A ocho pasos.

D. FAB. A seis.

VILL. Y quede uno de los dos en el sitio.

D. FAB. Eso es.

VILL. Hasta mañana. (Vase por la puerta del foro.)

D. FAB. Hasta mañana. ¡Oh, mi mujer! (Viendo en el espejo que hay sobre una chimenea, colocada en primer término á la derecha, á doña Candelaria, que ha salido un momento antes por la puerta de la izquierda de primer término y se ha quedado apoyada en una de

las colgaduras. Don Fabián inclina la cabeza y permanece vuelto de espaldas á su mujer. Esta le mira atónita, sin atreverse á despegar los labios, hasta que después de haber hecho para serenarse un violento esfuerzo sobre sí misma, se acerca á don Fabián y le pone una mano en el hombro.)

ESCENA XIV

DON FABIÁN y DOÑA CANDELARIA

CAND. Fabián, esta noche á las nueve sale una ligencia para Zamora. Vámonos.

D. FAB. ¿Estás en tu juicio? ¿Por qué nos hemos de ir?

CAND. Al llegar á esa puerta, he oído involuntariamente algunas palabras de lo que estabas hablando con el señor don Pedro Villena...

D. FAB. Pues... ya ves .. que no me puedo marchar.

CAND. Lo que veo es que no te puedes batir.

D. FAB. No hay otro remedio.

CAND. ¿Tú batirte?

D. FAB. Sí.

CAND. ¿Tú?

D. FAB. Sí.

CAND. ¡Que sí me dices! (Sin poderse contener y rompiendo á llorar.)

D. FAB. ¡Sí!

CAND. Vamos, vamos, tranquilízate, y hablemos con formalidad.

D. FAB. Candelaria, no me repliques: no quiero que me repliques, ¿lo oyes?

CAND. Bueno: serás obedecido.

D. FAB. Y reñiré con Villena, porque tal es mi voluntad. Y tú no has de contradecirla. ¿No soy yo acaso dueño de mis acciones?

CAND. Pero ¿á qué te irritas? Nadie te contradice. Harás lo que gustes.

D. FAB. Enhorabuena. Me voy. Tengo que ver á Dámaso. (Poniéndose el sombrero.)

CAND. Anda con Dios. (Cubriéndose el rostro con las manos y llorando.)

D. FAB. ¡Cuánto llora la pobre! (Deteniéndose cerca de la

puerta del foro y contemplando á doña Candelaria.)
¿No me das un abrazo? (Volviendo á su lado.)

CAND. Mil te daré, mil.

D. FAB. ¡Candelaria! (Abrazándola y llorando.)

CAND. Tiempo tienes para ver á Dámaso. ¿Por qué no procuras tranquilizarte un poco antes de salir á la calle? (Hace que se siente.) ¡Tú no sabes cómo estás! (Quitándole el sombrero, arreglándole el cabello con la mano y limpiándole con un pañuelo el sudor de la frente.) ¡Qué cosa tan horrible es la ira! ¡Te dejé hace un instante, y ahora apenas te conozco!

D. FAB. ¡Soy muy desgraciado!

CAND. Vamos, habla: ¿qué te ha pasado con el señor Villena?

D. FAB. Insultó en el Congreso á tu hermano, llamándole venal.

CAND. ¿Y tú le defendiste? ¡Claro! ¡Bien hecho! Estando tú allí, ¿había de faltar un defensor á mi hermano?

D. FAB. Pues luego Villena descargó sobre mí su rabia dirigiéndome toda clase de injurias; y me ha desafiado, y me llama vil, y cobarde, y osa venir á ofender á tu marido en tu misma casa. Ya ves si me sobra motivo para matarle.

CAND. ¡Matar! ¡Como si no hubiese más que matar! Estás diciendo disparates. (Procurando sonreirse.)

D. FAB. Te cansas en vano: todos tus esfuerzos serán inútiles. Yo he de reñir con él. Cuando un hombre nos ofende, no hay más remedio que matarle ó morir á sus manos.

CAND. Chis... (Como imponiéndole silencio.)

D. FAB. ¿Por qué?

CAND. Si tu hijo te oyese... ¡Qué lección para el pobre muchacho! (Yendo á cerrar las puertas.)

D. FAB. ¡Mi hijo! No, no cierres. Adiós. (Levantándose y tomando el sombrero.)

CAND. ¿A dónde vas?

D. FAB. Pues ¿no lo sabes?

CAND. Fabián, ya has tenido tiempo de serenarte. Mira bien lo que quieres hacer.

D. FAB. Bien mirado lo tengo.

CAND. Fabián, tu vida no te pertenece: pertenece á tu mujer y á tu hijo; pertenece sobre todo á tu Dios.

D. FAB. ¿Lo ignoro yo acaso? ¿Crees que no he luchado conmigo mismo: no he resistido valerosamente á la tentación? Pero ¡dejar sin castigo á un villano, ser objeto de irrisión y ludibrio!...

CAND. ¿Para quién?

D. FAB. Para todo el mundo. Candelaria, tu hermano me desprecia.

CAND. ¡Mi hermano! ¿Y qué?

D. FAB. Me desprecia Dámaso, un amigo de toda la vida.

CAND. ¿Y qué?

D. FAB. Me falta al respeto mi criado.

CAND. ¿Y qué?

D. FAB. ¡Y hasta mi hijo se avergüenza de tenerme por padre! (Llorando.)

CAND. ¡Dios le perdone! ¿Y qué?

D. FAB. ¿Qué me queda?

CAND. ¿No soy yo nada para tí?

D. FAB. ¡Tú sola, Candelaria mía, tu sola! (Abrazándola.)

CAND. ¡Y aunque yo también te faltase! Figúrate que á un lado está el mundo entero con todas sus alegrías y vanidades, y que al otro lado está solo Jesús con su corona de espinas y su cetro de caña. A ver; elige. ¿Con quién te vas? ¿Con quién estarías más acompañado?

D. FAB. ¡Oh!... apiádate de mí y no me quites el ánimo que necesito. ¡Si dicen que soy un vil! ¡Si dicen que soy un cobarde!

CAND. Y eso á tí, Fabián, ¿qué te importa? (Haciendo que se vuelve á sentar.) Estalló un día voraz incendio en una casa. Todos sus habitantes la abandonaron: no quedaba en ella más que un pobre tullido que no había podido moverse. Multitud de gente presenciaba tan horrendo espectáculo; pero nadie osaba penetrar en aquel horno encendido. ¡La casa ardía cada vez más! Cuando de pronto, en medio del rebramar de las olas de fuego, se

oyó clamar al tullido con voz que parecía sobrenatural: «¿No hay quién me favorezca por la Virgen Santísima?» Un hombre, uno solo, haciendo la señal de la cruz, se lanzó con paso firme entre las llamas. Eras tú. La gente, al verlo, dió un alarido de asombro y terror. Luego todos callaron como difuntos: ¡ni respirar se oía! Luego resonó otro grito de júbilo. Habías vuelto á salir: el tullido estaba en tus brazos: tu cuerpo era todo una llaga. Te arrodillaste, y con infinita alegría diste gracias á Dios. Y te llaman cobarde, ¿eh? Pues, tonto, á esos héroes que te llaman cobarde, cuéntales este cuento, y enséñales tu cuerpo lleno de cicatrices.

D. Fab. No puedo, no debo seguir oyendo. Me voy. Déjame.

Cand. Si tienes tiempo todavía... ¡Es quizá tan poco el que me queda á mí de verte! Alguna vez se me ocurrió la idea de que tú podías morir antes que yo. ¡Y al pensarlo, me daba una pena tan grande! Y eso que siempre imaginé que morirías en tu cama, de enfermedad natural; que la religión te prestaría sus divinos auxilios; que tu hijo y yo te encomendaríamos el alma. Aun perdiéndote así, te lloraría mucho. ¡Pues no te había de llorar! Pero ¡qué inefable consuelo, qué inmensa alegría, en medio de mi dolor, poderme decir: «Mi Fabián era un alma sin hiel; ha muerto como un santo; sin tropezar en ramas, se habrá ido derechito á la gloria!» Y luego al procurar yo mi salvación, por amor de Dios y su Santa Madre—¿á qué negarlo?—también hubiera pensado en la dicha de volver á reunirme contigo en el cielo.

D. Fab. ¡Calla por piedad! Sin querer, me estás mortificando. ¡Calla, por las ánimas del purgatorio!

Cand. ¡Qué distinta la suerte que me esperaba! ¡Horrible trance en que por fuerza se ha de salir perdiendo! ¡Acaso mañana te vea vol-

ver manchado con la sangre de ese infeliz, que no se acuerda de su Dios, y que tal vez un día pudiera arrepentirse! ¡Acaso mañana!... ¡Ay, Fabián de mi corazón, si te pierdo mañana, cómo te perderé! ¡Morir sin amparo, arrastrándose por el suelo!... ¡Morir de un balazo, en el momento de estar cometiendo un crimen horroroso!... ¡Morir sin sacramentos... quizá sin tener tiempo de dirigir al cielo una sola mirada... quizás blasfemando! ¡Jesús! ¡La sangre se me cuaja y el cabello se me pone de punta!

D. FAB. Ya no es posible volverse atrás... Ya he dicho que sí. Ese hombre... El mundo... mi honor...

CAND. Y mira: el cadáver de quien muere infringiendo las leyes de Dios, no puede yacer junto al cadáver de quien muere adorándole. ¿Verdad?

D. FAB. Sí, verdad.

CAND. Yo tendría que decir: «Ese desdichado ha muerto en un desafío: ha muerto sin confesión.» ¿Verdad?

D. FAB. ¡Sí, sí!

CAND. ¡Pues ni ese consuelo nos quedaría! (Rompiendo en llanto con mucha aflicción y amargura.) Ni el consuelo de que cubriese tu cadáver tierra sagrada. ¿Qué pasará en el corazón de un hijo y de una esposa, cuando vea condenados á infame destierro los huesos del padre y el esposo? ¿Qué será no poder siquiera decirles: «¡Descansad en paz!»

D. FAB. ¡Qué idea tan horrible!

CAND. Sí, muy horrible, pero ¿qué se le ha de hacer? Para tener honor, no hay más remedio que deshonrarse con un crimen. Para que no le llamen á uno vil y cobarde, no hay más remedio que serlo. Pues anda, Fabián, anda: ya es hora: corre en busca de de tus padrinos, y mañana, á fuer de buen caballero, mata sin piedad á ese hombre, ó muere tú á sus manos.

D. FAB. Candelaria, esta noche á las nueve sale una diligencia para Zamora. Vámonos.

CAND. ¡Fabián, bendito seas! (Cayendo á sus plantas y con viva efusión.)

D. FAB. ¡Bendita seas tú que me salvas!

CAND. Yo quisiera quererte más que te quiero, y no sé cómo lo pueda hacer.

D. FAB. Levanta. (Queriendo levantarla.)

CAND. Quieto, quieto. (Resistiéndose.) ¡Si vieras qué bien me encuentro así! (Breve pausa, durante la cual se contemplan el uno al otro con íntima ternura. Miguel sale por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA XV

DICHOS y MIGUEL

CAND. ¡Ah! ven, hijo, ven. (Levantándose, cogiendo de una mano á Miguel y trayéndole al lado de su padre.) Todo lo sé. Pide perdón á tu padre.

MIG. A eso venía. ¿Qué le he dicho yo á usted antes? ¿Qué le he dado á entender? Un momento de ofuscación... La ira que me trastornaba el juicio... cumpla uno con su deber, y ¿qué importa lo que diga la gente? ¿Respeto y amor quiere usted? Pues en el corazón de mi madre y en el mío se encierran para usted tesoros inagotables de respeto y amor. ¡Ah, padre del alma! Quien vivió siempre como bueno, ¿ha de hacerse malo para morir?

D. FAB. Abrázame, hijo, abrázame.

MIG. ¡Padre! ¡Padre mío! (Arrojándose en sus brazos. Don Fabián le abraza y le besa.)

CAND. Ahí tienes qué poco se hace esperar la recompensa de las buenas acciones. Y para mí ¿no hay un abrazo?

MIG. ¡Madre! (Abrazándola.)

CAND. Sí... sí... bueno eres tú. Ya arreglaremos cuentas.

D. FAB. Voy yo mismo por los billetes. Mejor es que no se entere nadie...

CAND. Sí, mucho mejor.

D. FAB. Tú ayudarás á tu madre á disponer lo que nos hayamos de llevar.

CAND. Unicamente lo más preciso. La Antonia se irá otro día con el equipaje.

MIG. ¿Nos vamos?

CAND. Esta misma noche á Zamora.

MIG. Bien pensado.

CAND. Mentira me parece que salgo de este infierno.

D. FAB. Adiós.

CAND. Adiós, Fabián. La Virgen te lo pague. (Abrazándole y llorando.)

MIG. Este es el mayor beneficio que debemos á usted. (Abrazándole también.)

D. FAB. ¿A qué viene ahora ese llanto?

CAND. Déjanos llorar, simple. Lloramos de alegría.

MIG. Vuelva usted pronto.

CAND. Muy pronto, ¿sí?

D. FAB. Corriendo. (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA XVI

DOÑA CANDELARIA y MIGUEL

CAND. ¿Ves qué padre tienes, Miguel? Si tú eres malo, no sé qué disculpa darás.

MIG. ¡Oh, mi padre es el mejor de los hombres!

CAND. ¿Verdad que sí? (Con íntimo gozo.)

MIG. ¡Es un santo!

CAND. Alábale, hijo, alábale, que cuanto digas será poco.

MIG. ¡Y usted, madre, y usted!

CAND. Ea, ea, vamos á disponer esas cosillas, que el tiempo urge. (Vase por la puerta de la izquierda de primer término.)

MIG. ¡Dios de mi corazón, qué madre te debo! (Yendo hacia la misma puerta.)

ESCENA XVII

MIGUEL y PAULINO

Entra por la puerta del foro

PAUL. Chis... Miguel.

MIG. ¡Paulino! ¡Tú aquí!

PAUL. Lindo modo de recibir á un amigo.

MIG. No esperaba tu visita.

PAUL Porque nuestros padres estén mal, ¿hemos de reñir también nosotros? Los odios transmisibles de padres á hijos no son ya de esta época. (Arrellanándose en una butaca con el sombrero puesto, y un puro encendido en la boca.)

MIG. Tengo que hacer. Dime pronto qué quieres.

PAUL. Ya conocerás la novísima determinación de tu señor papá.

MIG. ¿Qué determinación?

PAUL. En estas casas de vecindad no puede haber secreto de vecino á vecino. La murmuración fomenta la amistad, y murmurando de sus amos, los criados se hacen, por lo regular, muy amigos: algunos tienen el feo vicio de escuchar detrás de las puertas, y desde un cuarto segundo á un cuarto principal, vuela fácil y rápidamente una noticia, como por telégrafo eléctrico. A los dos minutos de haber decidido tu padre tomar esta noche las de Villadiego...

MIG. (¡Oh!)

PAUL Ya lo sabía mi criado Juan, y un minuto después, ya lo sabía yo. Conque me ha parecido prudente verme contigo.

MIG. Y ¿para qué?

PAUL. Para hacerte comprender la obligación en que estás de impedir que tu padre huya vergonzosamente.

MIG. Huyendo se salva.

PAUL. Huyendo se envilece, se deshonra, se cubre de ignominia.

MIG. ¡Paulino! Déjame te lo ruego.

PAUL. Y ¿podrá huir aunque quiera? Ya había aceptado el desafío, y mi papá que está ciego de ira, en cuanto sepa que se trata de jugar con él...

MIG. ¿No lo sabe aún?

PAUL. No estaba en casa cuando recibí la noticia, pero Juan ha ido en su busca, para enterarle de lo que pasa.

MIG. Oye, Paulino. (Sentándose á su lado.) ¿Deseas tú acaso la muerte de quien te dió la vida? ¿No se te ha ocurrido la idea de que en ese duelo podías quedarte sin padre? El mío se va. ¿Qué más puede apetecer el tuyo? Apártale tú de viles propósitos. Hazlo así por la memoria de tu madre.

PAUL. Mira, mira, chico, déjate de sermones, que no estamos en cuaresma, y lo que es yo, ni en cuaresma los oigo. Lo que no podría llevar con paciencia, es tener un padre como el tuyo.

MIG. ¡Desdichado de tí, á quien no quiso dar el cielo tanta felicidad! (Levantándose.)

PAUL. Felicidad envidiable ciertamente. (Riéndose.)

MIG. Hazme el favor de retirarte. Ya te he manifestado que una ocupación perentoria...

PAUL. ¡Cuidadito, Miguel! (Levantándose.) Así se despide á un lacayo.

MIG. Bueno: lo que tú quieras.

PAUL. Yo he venido aquí para hacerte un favor.

MIG. Bien: te lo agradezco.

PAUL. Si á tí te parece cosa puesta en razón que tu padre huya como un cobarde...

MIG. Huir de la culpa, es acción de valiente.

PAUL. Voy viendo que tu padre y tú sois tal para cual.

MIG. ¡Ojalá! No tengo yo su fortaleza de ánimo... y si continúo oyéndote...

PAUL. A ver... á ver. ¿Es eso una amenaza? (Poniéndose los quevedos.)

MIG. No. Quédate aquí, si gustas. Yo me retiro con tu permiso. (Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda de primer término.)

PAUL. No, señor; á mí no se me deja con la palabra en la boca. (Deteniéndole.)

MIG. Hombre... hablas mal de mi padre, ¿y quieres que te escuche!

PAUL. No digo más sino que es una gallina, y como con esto no le levanto ningún falso testimonio, ¿qué has de hacer sino oirlo y tener paciencia?

MIG. La paciencia se tiene, cuando se puede. Si fuera yo el que maldijese de tu padre, ¿la tendrías tú para oirme?

PAUL. Y de mi papá, ¿qué se puede decir? (Empieza á oirse ruído en la calle.)

MIG. Nada, Paulino... Déjame.

PAUL. No: si me has de responder por fuerza.

MIG. ¡Por fuerza!

PAUL. ¿Qué tienes tú que decir del señor don Pedro de Villena? Responde.

MIG. ¡Oh! Ese grito... (Oyese mayor ruido en la calle.) Sí... es la voz de mi padre. (Corriendo á la ventana.)

PAUL. La gente le separa del mío. (Asomado á la ventana también.)

MIG. ¿Qué será?

PAUL. Juan está en el balcón. ¡Juan! ¡Juan! ¿Qué ha pasado?

(Pausa, durante la cual se supone que habla una persona desde fuera.)

MIG. ¡Eh!... ¿Cómo?... ¿Qué dice ese hombre? (Sin atreverse á dar crédito á lo que ha oído.)

PAUL. ¡Pues! lo mismo que yo me figuraba. (Con alegría.)

MIG. Pero ¿qué dice?

PAUL. Que mi padre le ha dado al tuyo un bofetón.

MIG. ¡Oh! (Corriendo hacia la puerta del foro.)

ESCENA XVIII

DICHOS y DON DÁMASO

D. DÁM. Detente. Ya los han separado (Sujetándole.)

MIG. No importa.

D. DÁM. Aumentarás el escándalo sin poder acercarte á Villena.

MIG. Pero ¿es verdad que ese inicuo le ha dado un bofetón á mi padre?

PAUL. Bien empleado le está.

MIG. ¡Canalla! (Volviéndose hacia Paulino fuera de sí, cogiéndole de una mano, y haciéndole hincar una rodilla en tierra.)

PAUL. ¡Oh!

D. DÁM. ¿Qué haces?

MIG. Aplastar á una víbora.

PAUL. ¡Suelta!

MIG. No hay más que un hombre tan villano como tu padre, y ese eres tú.

PAUL. ¡Miguel!

MIG. Y ¿sabes lo que siento? No tener mil almas, para despreciaros con todas ellas.

PAUL. Suelta, que me rompes la mano.

MIG. Así he de romperte el corazón. (Empujándole con violencia y soltándole la mano que le tiene asida.)

D. DÁM. ¡Pues esto es peor todavía!

PAUL. Tú harás lo que tu padre no quiere hacer, ¿verdad? Tú te batirás conmigo.

MIG. Sí.

PAUL. Mañana mismo.

MIG. Ahora mismo.

D. DÁM. Pero... (Interponiéndose.)

PAUL. Dentro de media hora con un testigo, fuera de la puerta de Alcalá.

MIG. No faltaré.

PAUL. ¡Me las pagarás todas juntas! (Vase por la puerta del foro.)

MIG. Si el mundo está plagado de fieras, ¿qué remedio sino matarlas?

ESCENA XIX

DON DÁMASO, MIGUEL y en seguida DOÑA CANDELARIA y DON FABIÁN dentro

D. DÁM. Vuelve en tí... reflexiona...

MIG. No es tiempo de reflexionar.

CAND. ¿Sabes por qué hay tanta gente en la calle?

MIG. No, madre: no lo sé.

CAND. Y tú ¿qué tienes? ¿Adónde vas? Espera.
D. FAB. ¡Candelaria! (Dentro, gritando.)
CAND. ¡Oh! ¿Por qué grita así?
MIG. ¡Yo le vengaré! (Vase corriendo por la puerta de la izquierda de segundo término.)
CAND. Pero ¿qué hay?
D. DÁM. ¡Que es usted muy desgraciada! Miguel... Oye... Atiende... (Vase también precipitadamente siguiendo á Miguel.)

ESCENA XX

DOÑA CANDELARIA y DON FABIÁN

D. FAB. ¡Candelaria! (Dentro.)
CAND. ¡Reina del cielo, ten misericordia de nosotros!
D. FAB. ¡Candelaria! (Entrando por la puerta del foro y gritando.)
CAND. Fabián.
D. FAB. ¡Candelaria! (Gritando más fuerte, sin verla.)
CAND. Pero si estoy á tu lado.
D. FAB. Mira, mira. (Señalándose á una mejilla.)
CAND. ¿Qué?
D. FAB. Aquí... ¿No ves?
CAND. Una señal.
D. FAB. ¡Es... es la mano de ese hombre, impresa en mi cara!
CAND. ¿Qué dices? Explícate.
D. FAB. ¡Es un bofetón que me ha dado ese hombre!
CAND. ¡Infame! ¡Infame! (Llorando)
D. FAB. A la luz del día... en medio de la calle. ¿Delante de quién me presento yo con un rostro abofeteado?
CAND. Mártir del deber, álzale ufano delante de Dios.
D. FAB. ¡Y nos han separado, cuando hubiera podido ahogarle! Ya estará en su casa. ¡Aun es tiempo!
CAND. ¡Acuérdate del cielo, Fabián!
D. FAB ¡El cielo no se acuerda de mí!
CAND. ¡Calla! ¡Calla! (Tapándole la boca con la mano.)

D. FAB. ¡Húndase el cielo, con tal que yo mate á ese hombre!

CAND. ¡Calla! ¡Estás blasfemando!

D. FAB. ¡Si te digo que le he de matar! (Tomando una pistola de la caja que puso Medina encima de la mesa.)

CAND. ¡No... no le matarás!

D. FAB. ¡Sí!

CAND. ¡Por esta pobre mujer que tanto padece!

D. FAB. ¡No!

CAND. ¡Por tu hijo!

D. FAB ¡No!

CAND. ¡Por Dios!

D. FAB ¡Ni por Dios sufro yo un bofetón!

CAND. Pues, ¿no sufrió El otro por ti?

ESCENA XXI

DICHOS, VILLENA y luego DON DAMASO

VILL. ¡Aquí están!

D. FAB. } ¡Oh! (Don Fabián apunta á Villena con la pistola que
CAND. } tiene en la mano. Doña Candelaria se pone delante de su marido.)

VILL. ¡Una sola palabra! (Con mucha ansiedad.)

D. FAB. Aparta. (A su mujer, queriendo apartarla de sí.)

CAND. Váyase usted. (A Villena, conteniendo á su marido.)

VILL. ¡Señora, nuestros hijos se van á batir! (Con abandono y en voz muy alta.)

CAND. }
D. FAB. } ¡Oh! (Don Fabián deja caer la pistola.)

D. FAB. ¿Cómo?... ¡Qué! .. (Acercándose á Villena.) ¿Qué ha dicho usted?... ¿Es eso verdad?...

VILL. Paulino me ha desobecido. ¡Si Miguel estuviese aquí todavía!

CAND. ¡Miguel! ¡Miguel! (Llamándole á gritos y corriendo hacia el foro.)

D. FAB. ¡Hijo! ¡Hijo!

D. DÁM. En un coche se va á todo correr. (Saliendo por la puerta del foro.)

D. FAB. ¡Vamos nosotros á buscarlos! (A Villena, acercándose á él y cogiéndole una mano.) ¡Vamos los dos!

CAND. Yo también; pero, ¿á dónde?...

D. DÁM. En la puerta de Alcalá se han citado.

D. FAB. ¿Tiembla usted? (A Villena, cuya mano tiene asida.)

VILL. ¡Soy padre!

CAND. ¡Dios mío, salva á su hijo!

VILL. ¿Y el de usted, señora? (Conmovido.)

CAND. ¡Pida usted por el mío! (Dirígense todos hacia el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Campo

ESCENA PRIMERA

MIGUEL, PAULINO y los dos PADRINOS del desafío

Miguel, sentado en una piedra á la izquierda, con la vista fija, los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, profundamente melancólico y abstraído: Paulino, á la derecha, paseándose á lo largo del escenario, poniéndose y quitándose el sombrero, haciéndose aire con él, y dando señales de ira y de impaciencia: los padrinos, en medio de uno y otro, más retirados del proscenio y vueltos de espalda, cargando las pistolas. Algunos instantes de silencio

PAUL ¿Acabaremos hoy? (A los Padrinos.)

PAD. 1.º Silencio, Paulino.

PAD. 2.º Silencio, caballero.

PAD. 1.º Ya están cargadas las pistolas. (A Miguel y Paulino, volviéndose de cara al público, con las pistolas cogidas de la culata.) Ahora mida usted el terreno. (Al Padrino 2.º)

PAD. 2.º Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce. (Midiendo doce pasos á lo ancho de la escena, desde la piedra en que está sentado Miguel.)

PAD. 1.º Usted, ahí. (A Miguel, que se levanta y se coloca delante de la piedra, dejando en ella un pañuelo que tenía en la mano.)

PAD. 2.º Usted, aquí. (A Paulino, que se coloca donde el Padrino 2.º tiene puesto el pie izquierdo.)

PAD. 1.º Que decida la suerte quién ha de elegir arma primero.

PAD. 2.º Enhorabuena. Pidan ustedes. (Tirando al aire un duro.)

PAUL. Cara.

PAD. 1.º } Cruz. (Bajándose al suelo para ver la moneda. El
PAD. 2.º } Padrino 2.º la recoge y la guarda.)

PAD. 1.º Tome usted una pistola. (Miguel toma una pistola.)

PAUL. Venga la mía. (El Padrino 1.º se acerca á él y le da la otra pistola.) Ya está. Acabemos.

PAD. 2.º Otra vez le exijo á usted que calle.

PAD. 1.º A la segunda palmada se apuntan ustedes: á la tercera, fuego. (Los dos Padrinos se retiran hacia el foro. El 1.º mira hacia una y otra parte. El 2.º da una palmada y después de algunos instantes, otra: Miguel y Paulino se apuntan con las pistolas; aquél, sereno y sosegado, éste respirando anhelosamente y con temblor que se note en la pistola que tiene en la mano. El Padrino 2.º, después de otra pausa igual, va á dar la tercera palmada, cuando el Padrino 1.º, que estaba mirando hacia el foro derecha, le detiene.) Quieto. Por entre aquellos árboles se ve gente. Parece que vienen hacia aquí.

PAD. 2.º Abajo las pistolas. (Miguel y Paulino hacen lo que se les dice. Este se limpia con la mano el sudor de la frente.)

PAD. 1.º Ya dije yo que estaríamos mejor detrás de ese ribazo.

PAUL. Hay que dar un rodeo.

PAD. 2.º ¿Qué importa? Vamos allá.

PAD. 1.º Las pistolas. (Miguel y Paulino entregan las pistolas.)

PAD. 2.º Ustedes, delante.

PAD. 1.º ¿Eh, qué es eso? (Paulino, temblando y con la vista turbada, siente un vahido y está á punto de caer.)

PAUL. Nada... que he tropezado. (Procurando reponerse.)

PAD. 2.º Paulino lleva miedo. (Al Padrino 1.º en voz baja.)

PAD. 1.º El otro sí que tiene serenidad. (Vanse por el foro izquierda.)

ESCENA II

VILLENA y á poco DON DAMASO

VILL. ¡Aquí tampoco! ¡Y me parecía seguro hallarlos aquí! Ya no sé hacia dónde echar. ¡Qué horrible tarde! No es sólo pena y ansiedad lo que siento... Siento, además, sin saber por qué, una rabia tan grande contra mí mismo... ¿Qué haré?

D. DÁM. ¿Tampoco estaban aquí? (Entrando por el foro derecha, dando señales de cansancio.)

VILL. ¡Tampoco!

D. DÁM. ¿Luego el haber dado con sus coches no nos sirve de nada?

VILL. ¿Tomamos bien las señas que nos dieron los cocheros?

D. DÁM. Según sus informes, hacia este sitio se habían dirigido: en este sitio debían estar.

VILL. ¡Pues no están!

D. DAM. Bien lo veo... y lo que es yo, no puedo ya con mi alma.

VILL. ¿Si don Fabián y su mujer habrán sido más felices que nosotros?

D. DÁM. Lo dudo.

VILL. Y ¿por qué lo duda usted? ¿Por qué ellos no los han de haber encontrado? Eran más dignos que yo de alcanzar esta dicha... Vamos á ver: dígame usted por qué lo duda.

D. DÁM. Lo dudo... porque como nosotros hemos andado ya por todos los alrededores .. ¡Ojalá que su presunción de usted salga cierta!

VILL. ¡Ay, ojalá!

D. FAB. } CAND. } ¡Dámaso! ¡Dámaso! (Dentro, gritando.)

VILL. ¿Oye usted? De fijo los han encontrado. (Corriendo hacia el foro.)

D. DÁM. Sí; alegres parecen esas voces. (Corriendo también hacia el foro.)

VILL. ¿Por dónde vienen?

D. DAM. No los veo.

D. FAB. }
CAND. } ¡Dámaso! ¡Dámaso! (Dentro, gritando muy cerca.)

D. DÁM. ¡Ah! por este otro lado. (Bajando un poco hacia el proscenio.)

VILL. Sí. ¡Oh! ¡Solos!

ESCENA III

DICHOS DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA

Entran corriendo por la derecha.

CAND. ¿Están aquí, verdad? (Con alegría y mirando hacia todas partes.)

D. FAB. ¿Están aquí?

CAND. Hemos hallado á los cocheros.

D. FAB. Y nos han dicho que ustedes los habían visto antes que nosotros.

CAND. ¿No estaban aquí?

D. FAB. Hable usted.

CAND. ¿Será... será que han llegado ustedes tarde?

D. FAB. ¡Calla, mujer!

VILL. Sosiéguese usted.

D. FAB. Pues, ¿qué hay?

D. DÁM. Que no han parecido todavía.

CAND. ¿Que no?

VILL. No, señora.

CAND. ¡Ay!... (Respirando con ansia.) ¡Menos malo!... ¡Y hace un momento eso me parecía lo peor!

D. FAB. Pero si nos han dicho que de fijo se hallarían en este sitio.

D. DÁM. Lo mismo nos han dicho á nosotros.

D. FAB. ¿Y no los han encontrado ustedes?

D. DÁM. ¡Dale! ¿No has oído que no?

D. FAB. Bien; no te enojes. ¡Es tan difícil desprenderse de una esperanza!

D. DÁM. Pues á la esperanza de dar con ellos, por fuerza hay ya que renunciar.

CAND. ¡No diga usted eso! ¿Renunciar á una esperanza que es toda nuestra vida! Los buscaremos... los encontraremos al fin.

D. FAB. ¡Dios sabe cómo!

VILL. ¡Caiga sobre usted la sangre que se vierta!

D. FAB. ¡Sí; sobre mí que llegué á blasfemar!

VILL. ¡Ay, de usted, si mi hijo recibe el más leve daño!

CAND. ¿En venganzas piensa usted ahora? ¡Si parece mentira que sea usted padre!

VILL. Perdóneme usted... No sé lo que digo.

D. FAB. Pero ¿qué hacemos aquí parados?... La vida de uno de nuestros hijos, depende quizá de que demos con ellos un minuto antes ó un minuto después.

VILL. ¿Y hacia dónde ir? ¿Por dónde dirigirnos?

CAND. Tentaciones me dan de preguntar por mi hijo á los árboles... á las piedras... ¡Ah! (Cogiendo el pañuelo que Miguel se habrá dejado en la piedra en que estaba sentado al empezar el acto.)

VILL. }
D. FAB. } ¿Qué es eso?

D. DÁM. ¿Qué hay?

CAND. ¡Este pañuelo es de mi hijo!

D. FAB. ¡Ha estado aquí!

VILL. Entonces no pueden hallarse lejos.

D. DÁM. A ver si detrás de ese ribazo... (Subiendo por el declive del terreno.)

CAND. Por este lado no se descubre nada. (Mirando hacia la izquierda.)

D. FAB. Ni por aquí.

VILL. Y usted, ¿ve algo?

D. DÁM. No. Puede asegurarse que no están por estos alrededores.

CAND. ¡Santos del cielo!

D. FAB. Pero, ¿se los ha tragado la tierra?

D. DÁM. ¡Ah, sí! Allí hay unos matorrales que se mueven.

CAND. Y no corre un pelo de aire.

D. DÁM. Allí anda alguien: no hay duda.

D. FAB. ¿Serán ellos?

CAND. ¡Señor! (En tono de súplica.)

VILL. ¿Estarán allí? (Con viva ansiedad.)

D. DÁM. Con el sol poniente brilla una cosa al través de las ramas.

D. FAB. Baja ya; baja.

D. DÁM. Puede muy bien ser la hoja de una espada ó el cañón de una pistola. (Mientras baja)

CAND. ¡Oh!

VILL. ¡Corramos!

D. FAB. ¡Miguel! (Corriendo todos hacia el foro y gritando vueltos ya de espaldas al público.)

CAND. ¡Hijo!

D. DÁM. ¡Miguel!

VILL. ¡Paulino!

TODOS ¡Oh! (Suenan dos tiros y los cuatro personajes dan un grito y se quedan inmóviles: Doña Candelaria pierde el sentido y cae en brazos de Villena, que la sostiene, hincando una rodilla en tierra.)

D. FAB. ¡Cúmplase la voluntad del Señor! (Haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, Vase corriendo por el foro izquierda.)

D. DÁM. Más falta hago allí. (Siguiendo á don Fabián.)

ESCENA IV

DOÑA CANDELARIA, VILLENA y después UNA MUCHACHA

VILL. ¡Qué ansiedad!... ¡Qué angustia! ¡No puedo respirar!... ¡No puedo moverme! ¿Qué habrá sucedido?... ¡Pobre mujer! ¡Desdichada madre! ¡Señora!... ¡Señora!...

CAND. ¡Fabián! ¿Dónde está Fabián? (Volviendo en sí.)

VILL. Ha ido... Ya sabe usted.

CAND. ¡Ay, señor don Pedro de mi alma! ¡Vamos allá! Vamos nosotros también. (Levántase y vacila. Villena la sostiene.)

VILL. No tiene usted fuerzas para moverse.

CAND. Sí. Ayúdeme usted. (Sin poder dar un paso.)

VILL. Aquí vendrán á decirnos lo que haya pasado.

CAND. ¡Pero si tal vez en este momento!...

VILL. ¿Quién sabe? En un duelo es fácil errar la puntería.

CAND. No: esos tiros han resonado en el fondo de mis entrañas. Suélteme usted. (Desasiéndose de Villena, y echando á correr hacia el foro izquierda.)

VILL. ¡Señora! (Siguiéndola. En este momento sale la Muchacha corriendo por el foro izquierda, pálida y desencajada y santiguándose muy de prisa. Doña Candelaria y Villena se detienen.)

MUCH. En el nombre del Padre y del Hijo y del

Espíritu Santo. Amén. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. En el nombre del Padre...

VILL. ¿Qué es eso, muchacha? Oye, detente.

MUCH. No, no: déjeme usted... ¡Yo no he sido!... ¡Yo no he sido... (Corriendo hacia la derecha.)

CAND. Ven, hija mía. (Asiéndola de un brazo.)

VILL. Nada temas. (Sujetándola también. La Muchacha queda colocada éntre doña Candelaria y Villena.)

CAND. ¿Por qué te santiguas?

MUCH. ¡Ay, señora, lo que he visto!... ¡Ay, señora, lo que he recordado!... Así cayó mi padre hace un año, tal día como hoy; sólo que no fué de un tiro... de un navajazo fué... ¡Y mi madre murió loca de pena en el hospital! ¡Y yo me quedé solita en el mundo!

CAND. Y ahora, ¿qué has visto?

VILL. ¿Qué has visto? Habla.

MUCH. He visto dos señoritos, uno en frente del otro, mirándose de esta manera. (Imitando la posición de un hombre delante de su adversario en un duelo á pistola.) Yo creí que iban á jugar, y me asomé á verlos por entre unas ramas. ¡Estaban armados con pistolas! (Con expresión de terror.)

CAND. ¡Ay de mí!

VILL. Sigue, sigue.

MUCH. Más allá había otros dos señoritos: y uno de ellos dió una palmada, así... (Da las tres palmadas, según lo indica el diálogo.) y otra... así... y otra... así... y luego de pronto, dos tiros... y luego uno de los señoritos de las pistolas, dió un brinco y una vuelta, y luego ¡cataplúm! cayó redondo al suelo.

CAND. ¡Jesús me valga! (Dirigiéndose al foro.)

VILL. ¿Qué señas tenía el que cayó?

CAND. ¿Qué señas tenía? (Volviendo al lado de la Muchacha.)

MUCH. No sé, no recuerdo... Cayó redondo... yo cerré los ojos y eché á correr.

CAND. En este momento (Acercándose á Villena.) usted ó yo no tenemos hijo. ¡Dios le conserve á á usted el suyo! ¡Dios no permita que yo me quede sin el mío!

VILL. Ya vienen. ¡Valor! (Asiéndola una mano.)

CAND. ¡Sí: valor!

VILL. (¿Cuál será?)

CAND. (¿Cuál será?) (Doña Candelaria y Villena sin movimiento y asidos de la mano, miran con ansiedad hacia el foro izquierda.

MUCH. ¡Traen al muerto como llevaron á casa á mi padre! No quiero verle. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. En el nombre del Padre y del Hijo... (Sale corriendo por el foro derecha, santiguándose y volviendo atrás la cara con espanto.)

ESCENA V

DOÑA CANDELARIA, VILLENA, PAULINO y en seguida DON FABIÁN, DON DÁMASO, los dos PADRINOS y MIGUEL

VILL. ¡Oh! ¡Paulino, hijo de mi alma! (Corriendo hacia Paulino, que sale antes que los demás, y abrazándole con frenética alegria.)

CAND. ¡Es el mío, don Pedro, es el mío! ¡Bendito Dios, que lo ha dispuesto así!

VILL. ¡Aparta! (Rechazando con horror á su hijo. Don Fabián, don Dámaso y los Padrinos traen á Miguel exánime, y le colocan en la piedra que hay á la izquierda. Doña Candelaria y don Dámaso quedan sosteniéndole: don Fabián, de pie, más á la izquierda, contemplando el grupo que forman Miguel, doña Candelaria y don Dámaso: los Padrinos, detrás de estos personajes, abatidos y taciturnos: Villena y Paulino, á la derecha, con la vista clavada en el suelo.)

CAND. ¡Hijo!... ¡Hijo!... ¡Hijo!... (Llamándole con voz cada vez más fuerte.) ¡Es la primera vez que no responde á su madre! ¡Don Pedro, mire usted qué hazañas ejecuta el honor! Pero ¿ha muerto ya? ¿Cuál habrá sido su último pensamiento?... Paulino... (Llamándole. Paulino se estremece.) Paulino... venga usted acá. ¡Venga usted, por Dios!

VILL. Obedece. (Paulino se acerca poco á poco á doña Candelaria, sin atreverse á mirarla.)

CAND. Usted estudia para médico.

PAUL. Sí .. sí, señora...

CAND. Pues dígame usted si aun tiene alguna vida.

PAUL. Señora... yo... (Con espanto, sin atreverse á tocar á Miguel.)

VILL. Obedece.

CAND. No; que lo haga por caridad. (Paulino se acerca á Miguel y le examina.)

PAUL. Sí; aun vive.

CAND. ¡Vive! (Con alegría.)

PAUL. ¡Dentro de algunos instantes no vivirá!

CAND. Con que haya lugar para que se prepare á bien morir, me contento. No pido más: con eso me basta. Que acerquen los coches. Llevémosle en seguida.

PAUL. No, señora, no. Se moriría más pronto.

CAND. ¡Pero ha de morir como un perro! Llévatele, Dios mío, llévatele, pero no así. Aquí hay un hombre en peligro de muerte... ¡Un sacerdote, señores, un sacerdote: que vengan á salvar un alma; que venga corriendo!

D. FAB. ¡Iré yo!

CAND. ¡Tú no, Fabián! ¡Y si mientras tanto se muere!

PAD. 1.º Nosotros iremos.

CAND. Sí, vayan ustedes y nada teman. (A los Padrinos.) No delataremos á nadie. Si preguntan quién le ha matado, diré... cualquier cosa... que le he matado yo.

D. FAB. Ahí tienen ustedes coches. Volando, ¿eh? volando. (Vanse los Padrinos.)

MIG. ¡Ay!

CAND. ¡Su voz! ¡Hijo!

D. FAB. ¡Hijo mío! (Reprimiéndose.)

D. DÁM. ¡Miguel! ¡Miguel! (Llorando á lágrima viva.)

D. FAB. Calla, Dámaso, calla. (Con afabilidad.)

MIG. ¡Padre, confesión!... ¡Madre, confesión!...

CAND. Sí, hijo de mi alma, sí. Ya han ido á buscar un sacerdote.

MIG. Llegará... llegará... (Sin poder articular las palabras.)

D. FAB. No hables... no te esfuerces...

MIG. Llegará tarde.

CAND. ¡Tarde!

MIG. Me muero...

CAND. ¡Fabián! ¡Sí... el frío de la muerte! (Palpando á su hijo.)

MIG. ¡Confesión!

D. FAB. Recuerda tus culpas, infeliz: recuérdalas con pesar de haberlas cometido.

MIG. Todas las tengo delante: de todas me arrepiento.

D. FAB. ¡Mira que tu último pecado es muy grande!

MIG. ¡Casi tan grande es mi dolor!

D. FAB. ¿Perdonas á tus enemigos?

MIG. Sí.

D. FAB. ¿Y al que te ha dado muerte?

MIG. Sí.

D. FAB. ¿Quieres estrechar su mano, en señal de perdón?

MIG. ¡Que venga, que venga! (Con efusión y voz algo fuerte.)

CAND. ¿No lo oye usted?

PAUL. ¡Miguel! (Se arrodilla y coge y besa la mano que le alarga Miguel.)

D. FAB. ¿Perdonas al hombre que dió un bofetón á tu padre? (Miguel no responde.)

VILL. (¡Eso... eso es valor!)

D. FAB. ¿Le perdonas? Miguel, ¿quieres comparecer ante la Justicia Eterna con rencor en el alma?

CAND. ¡Miguel, por María Santísima!

MIG. Es... es... que no podía hablar... (Hablando con mucho trabajo.)

CAND. ¡Hijo de mis entrañas!

MIG. Sí, le perdono.

D. FAB. ¿Perdonas á tus padres el mal que hayan podido hacerte?

MIG. ¡Padre! (Con mucha aflicción.)

D. FAB. ¿Nos perdonas? Responde. (Imperiosamente.)

MIG. Sí.

D. FAB. A tu lado hay un hombre á quien has querido matar; y otro allí, á quien has hecho temblar por la vida de su hijo.

MIG. ¡Paulino .. don Pedro, perdón!

D. FAB. Aquí ves á tus padres, poseídos, por culpa tuya, de amargura indecible.

MIG. ¡Perdón, padres míos, perdón! (Haciendo un violento esfuerzo para caer á los pies de don Fabián.

Doña Candelaria y don Dámaso le sostienen arrodillado.)

CAND. Con toda el alma te perdonamos.

D. FAB. Con toda el alma te bendecimos, en el nombre de Dios, (Le bendice.) pidiéndole que si en nosotros ve algunos merecimientos, los acepte, sin quitar uno solo, en pago de tu culpa.

MIG. ¡Qué inmensa bondad! (Doña Candelaria y don Dámaso vuelven á sentarle en la piedra.)

D. FAB. Ahora, Miguel, llama á tí á Jesús; llámale con fervor, y verás cómo viene.

MIG. ¡Sí... yo adoro en él!

CAND. Encomiéndate á su bendita madre. Mira: (Sacándole un escapulario del pecho y poniéndosele en las manos.) aquí tienes tu escapulario.

MIG. ¡Madre de Dios, acuérdate de mí! (Besando el escapulario.)

CAND. Por la amargura que pasaste al ver morir á tu Hijo, ruega por el mío en la hora de su muerte.

MIG. Padres... amigos..

CAND. ¡Se muere! Rece usted, don Pedro. ¡Las oraciones de usted serían tan agradables á Dios!

VILL. (¡Oh, si yo pudiera rezar!) (Mirando con terror á Miguel y sus padres.)

MIG. Padre... madre... (Llamándolos y buscándolos con las manos.)

D. FAB. / CAND. Aquí estamos. ¿Qué quieres?

MIG. Creo...

D. FAB. / CAND. ¿Qué?

MIG. Creo que Dios me perdona.

D. FAB. / CAND. ¿Por qué, hijo, por qué?

MIG. ¡Porque siento una alegría... una alegría!... (Con mucha dulzura.)

D. FAB. ¡Se ríe!

CAND. ¡Se ríe!

MIG. Adiós... adiós... ¡Jesús crucificado sea conmigo! (Muere.)

D. DÁM. ¡Oyele, Señor!

D. FAB. } ¡Sálvale! ¡Sálvale! (Los tres hacen como que re-
CAND. } zan.)

VILL. ¡Paulino, mira lo que hemos hecho! (Con energía y abandono.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MEDINA

Entra por el mismo sitio en que está Villena

MED. Ha dado usted un bofetón al padre: (Acercándose mucho á Villena y en voz baja.) por usted ha muerto el hijo. Ya comprenderá usted que vengo á matarle. Pero matarle es poco. ¡Toma, villano! (Le da un bofetón.)

VILL. ¡Oh! (Dando un grito y volviéndose hacia Medina con aspecto iracundo y amenazador.)

D. FAB. ¿Qué haces? (Poniéndose de pie.)

PAUL. ¡Padre!

CAND. ¡Impío!

VILL. No... no... (Reprimiéndose.) Lo merezco... Lo sufriré, por Dios. ¡Por el Dios á quien yo escupí, á quien yo abofeteé, á quien yo crucifiqué!... ¡Dios de mis padres, Dios verdadero, creo en tí! (Cayendo de rodillas.)

D. FAB. ¡Qué oigo! (Acercándose á él.)

VILL. Y ahora, don Fabián, (De rodillas, volviéndose hacia él.) y ahora, ¿puedo esperar que usted me perdone?

D. FAB. ¿No le ha perdonado á usted mi hijo?

VILL. ¿De veras?...¿De veras... usted me perdona? (Con voz ahogada por los sollozos.)

D. FAB. ¿Pues no somos hermanos?

VILL. ¡Gracias, hermano mío, gracias! (Cogiéndole una mano y besándosela.) ¡Ya puedo rezar, señora, ya puedo rezar! (Arrodillándose delante del cadáver de Miguel, y cruzando las manos en actitud de orar,)

CAND. Murió mi hijo para que usted resucitara. (A Villena.) Dios lo hizo. Bien hecho está. (Medina, en el mismo sitio y en la misma actitud en

que estaba antes Villena: don Fabián, en el comedio del escenario, llorando y cubriéndose la cara con las manos: Miguel, á la izquierda sostenido por doña Candelaria y don Dámaso: Paulino, completamente anonadado y con la cabeza apoyada en el cuerpo de Miguel: Villena, arrodillado delante de éste, y vuelto de espaldas al público.)

FIN DEL DRAMA

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid, 25 de Agosto de 1863.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

ARCHIVO LITERARIO
DE
GERARDO GARATE DEL RIO

Precio: DOS pesetas